HISTORIA BREVIS

DE LA GUERRA FRÍA A LA CAÍDA DEL MURO

El mundo dividido en dos bloques

JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES

Shackleton books

HISTORIA BREVIS

DE LA GUERRA FRÍA A LA CAÍDA DEL MURO

El mundo dividido en dos bloques

JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES

Shackleton books

DE LA GUERRA FRÍA A LA CAÍDA DEL MURO

DE LA GUERRA FRÍA A LA CAÍDA DEL MURO

El mundo dividido en dos bloques

JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES

Shackleton books

De la Guerra Fría a la caída del Muro

© 2021, Juan Carlos Pereira Castañares

© 2021, de esta edición, Shackleton Books, S.L.

@Shackletonbooks

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación (edición papel): Kira Riera

Conversión a ebook: Iglú ebooks

© Cartografía de los apéndices: Geotec

© Fotografías (referencia a las páginas de la edición en papel): todas las imágenes son de dominio público excepto las de ©Sémhur CC-BY-SA-3.0 / Wikimedia Commons (p. 23), SimonP CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 27), @sfchoi8964 (http://img.ly/Zr1) CC BY 2.5 / Wikimedia Commons (p. 62), BrendelSignature CC-BY-SA-3.0 / Wikimedia Commons (p. 65), Ichwan Palongengi CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 70), NARA (558590) [d. p.] (p. 73), CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 77), b: Bundesarchiv, Bild 183-1989-1104-040 / Link, Hubert / CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons, c: Andreas Gronski CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 83), b: NSSDC, NASA [1] [d.p.] / Wikimedia Commons (p. 87), Benny Thaibert / Shutterstock.com (p. 95), US Information Service, Department of State [d. p.] / Wikimedia Commons (p. 114), Kohls, Ulrich, CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 118), Erwin Lux CC BY-SA 3.0/ Wikimedia Commons (p. 125), RIA Novosti (850809) CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 137), Bundesarchiv, Bild 183-1986-0416-418 / CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 141), Tiia Monto CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 147), Lear 21 CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 149). Icons by Icons8.

ISBN: 978-84-1361-142-6

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Introducción

¿Qué es la Guerra Fría? ¿Fue inevitable?

De la colaboración aliada a la confrontación

Las iniciativas estadounidenses

Las respuestas soviéticas

Una definición de la Guerra Fría

¿Una o dos guerras frías?

Los otros protagonistas de la Guerra Fría

~ La Organización de las Naciones Unidas (ONU) ~

La República Popular China

Los países del Tercer Mundo y el Movimiento de los No Alineados

Bombas, espías y satélites: unos actores muy particulares

La evolución de la Guerra Fría

~ 1947-1989 ~

Guerra Fría y sistema internacional

Los conflictos-tipo durante la Guerra Fría

La guerra de Corea

La crisis de los misiles en Cuba

La construcción del Muro de Berlín

La guerra de Vietnam

La guerra de Afganistán

El final de la Guerra Fría y sus consecuencias

~ 1989-1991 ~

Las superpotencias ante el final de la Guerra Fría: Estados Unidos

Las superpotencias ante el final de la Guerra Fría: la Unión Soviética

Los acontecimientos se precipitan: caen el Muro y el telón de acero

Apéndices

Introducción

Algunos especialistas en la Guerra Fría señalan que fue el escritor británico George Orwell el primero en utilizar esta expresión, en un artículo periodístico de 1945, cuando habló de que en el futuro que se avecinaba un Estado se podría encontrar «en permanente guerra fría con sus vecinos». No obstante, existe mayor consenso en atribuirla al asesor presidencial estadounidense Bernard Baruch, quien, en abril de 1947, pronunció un discurso durante un debate en el Congreso de Estados Unidos en el que dijo: «No nos llamemos a engaño, en la actualidad estamos en medio de una guerra fría», al señalar la tensión existente entre estadounidenses y soviéticos en la Comisión de Energía Atómica de la ONU y en los discursos y manifestaciones que observaba en representantes de ambas naciones. Ese mismo año, el periodista Walter Lippmann publicó un libro titulado The Cold War ('La Guerra Fría') y muy pronto esta expresión se popularizó para dar nombre a una de las etapas más largas y polémicas de la historia del siglo XX.

Una etapa que se define, básicamente, por el enfrentamiento directo y no militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética desde 1947. Ambos países adquirieron un nuevo estatus internacional después de la Segunda Guerra Mundial, el de superpotencias, como consecuencia de su poder militar, sus intereses globales, la influencia de sus respectivos modelos ideológicos y sociales, así como por la cantidad de armas nucleares de distinto tipo que utilizaron como elemento de disuasión, que permitieron lo que se denominó en su momento como «destrucción mutua asegurada».

Pero el enfrentamiento se amplió a los dos bloques que ambas potencias lideraron hasta 1991. Por un lado, el bloque capitalista-democrático capitaneado por Washington, que contó con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como su brazo armado; y el denominado «sistema socialista mundial», liderado por Moscú, que también dispuso de los efectivos y las armas del Pacto de Varsovia. Este peculiar enfrentamiento y sus protagonistas dieron lugar a un nuevo modelo de orden

internacional que se denominó «sistema bipolar flexible», por cuanto, además de los dos bloques, existió un actor universal, la Organización de Naciones Unidas (ONU), que se creó en 1945 para mantener la paz, evitar una nueva guerra y hacer frente a los nuevos retos mundiales; algo que, como sabemos, consiguió solo en parte.

Entre 1989 y 1991, se produjeron un conjunto de acontecimientos, especialmente en Europa, que provocaron para algunos una aceleración histórica sin precedentes y para otros un retorno a la Historia, y que desembocó en la desaparición inesperada de los grandes símbolos de la Guerra Fría: el Muro de Berlín, el telón de acero, la división de Alemania, las llamadas «democracias populares» e incluso, y es lo más destacado, la Unión Soviética en diciembre de 1991. Con todo ello, finalizaba este conflicto bipolar que se fue extendiendo desde la Europa central al conjunto del mundo, y que introdujo en la dinámica de este enfrentamiento factores económicos, geopolíticos y militares, pero también culturales, ideológicos, sociales, deportivos, etc., con lo que adquirió una vertiente desconocida hasta entonces en la evolución histórica contemporánea.

En este libro se abordarán todas estas cuestiones a través de cuatro capítulos. En el primero, se desarrollará la propia definición de Guerra Fría, el proceso que llevó a su desencadenamiento, sus protagonistas más destacados y sus primeras consecuencias. No obstante, hay que tener en cuenta que las polémicas sobre el propio concepto y la misma confrontación no se han cerrado, a la luz de los nuevos archivos hallados y la publicación de obras de investigación que abren nuevas interpretaciones.

En un segundo capítulo nos ocuparemos de otros actores que tuvieron un protagonismo destacado durante este largo período. La ONU, sin duda, merece nuestra atención para buscar las razones del fracaso de algunas de sus intervenciones. La República Popular China, que desde 1949 intentó desempeñar un papel silencioso pero decidido para pasar a tener una importancia capital en el nuevo sistema internacional, lo que conseguirá como consecuencia de la Guerra Fría. La creación del Movimiento de Países No Alineados, al que perteneció una gran parte del denominado Tercer Mundo, y,

por último, otros actores secundarios, aunque no menos importantes, como las armas nucleares, el espionaje y la carrera espacial.

En tercer lugar, analizaremos la evolución de la Guerra Fría entre 1947 y 1989, a través de los cuatro conflictos-tipo que representaron los momentos de mayor tensión: Corea, Cuba, Vietnam y Afganistán. Por último, veremos el final de la Guerra Fría a través de los dos grandes protagonistas, Estados Unidos y la Unión Soviética de Gorbachov, para terminar con ese conjunto de acontecimientos que dieron paso al denominado «nuevo orden mundial».

¿Qué es la Guerra Fría?

¿Fue inevitable?

De la colaboración aliada a la confrontación

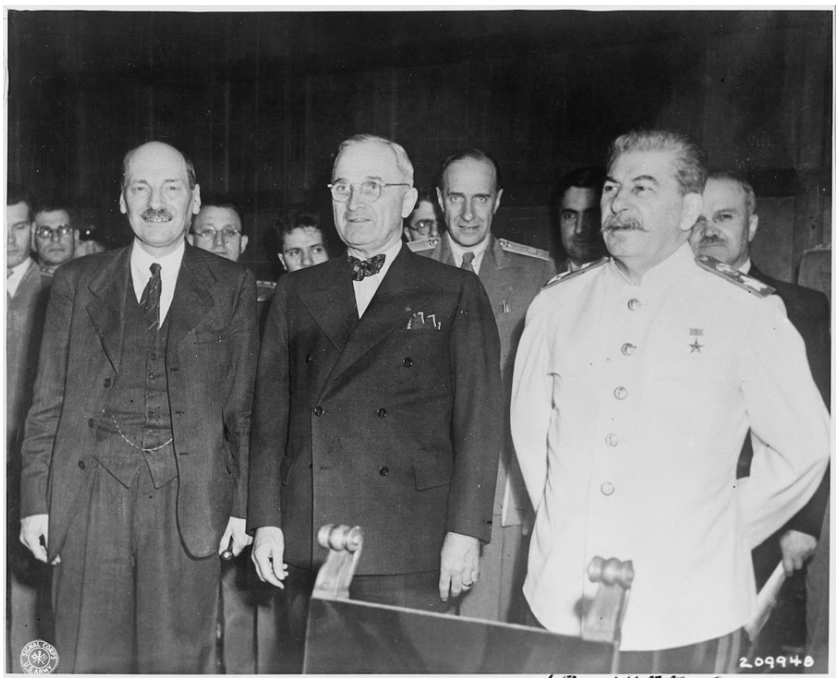
La Segunda Guerra Mundial finalizó en Europa entre el 7 y el 8 de mayo de 1945 y definitivamente el 2 de septiembre de 1945, tras casi seis años de una sangrienta contienda que se cobró más de 50 millones de muertos. A diferencia del primer conflicto mundial, durante esos seis años se produjeron, al menos, tres hechos que debemos considerar para buscar explicaciones al inicio de la Guerra Fría.

El primero de ellos fue el de la colaboración entre Estados Unidos y la Unión Soviética, con dos sistemas políticos, ideológicos y económicos antagónicos, como una exigencia para acabar con el enemigo común. Esta situación parecía que iba a provocar un cambio muy positivo en el mundo de la posguerra y que, de una u otra manera, la cooperación entre ambas potencias se mantendría cuando la contienda finalizase.

En segundo lugar, y a diferencia de lo sucedido en la Primera Guerra Mundial, no se quiso esperar al final del conflicto para convocar una conferencia de paz o diseñar el mundo de la posguerra. Desde 1941, en la Conferencia del Atlántico, hasta el verano de 1945, en la Conferencia de Potsdam, los principales líderes de las potencias aliadas, y de forma más concreta los presidentes estadounidenses Roosevelt y Truman, los políticos británicos Churchill y Attlee, y el líder soviético Stalin, se reunieron en catorce grandes conferencias «en la cumbre» para diseñar el nuevo orden internacional, las nuevas organizaciones que iban a representar a ese nuevo orden, y el futuro de Alemania como máxima responsable de la guerra mundial. Pero nunca se produjo una conferencia de paz.

En tercer lugar, quien padeció más duramente la guerra fue Europa en su conjunto y de forma especial las grandes potencias como

Francia o Alemania, pero también los países ocupados y destrozados tanto por los alemanes como por los aliados. El declive europeo era una realidad indiscutible. En cambio, Estados Unidos se había convertido con la guerra en la principal potencia económica del mundo, sin sufrir ninguna destrucción en sus territorios y con un crecimiento económico durante el conflicto de un 15% anual. Por su parte, la Unión Soviética, a pesar de las ingentes bajas —más de 20 millones de muertos— y de las destrucciones materiales sufridas, había sido reconocida como gran potencia por sus tradicionales enemigos, poseía una gran fuerza militar y, además, iba a ver pronto recompensado su esfuerzo bélico de una forma inimaginable para Stalin.



Clement Attlee, Harry S. Truman, y Iósif Stalin en la Conferencia de Potsdam, en 1945. El mundo de posguerra se diseñó en encuentros como este y no en una conferencia de paz.

Si tenemos en cuenta estos tres hechos, podemos entender la

importancia que tuvieron las dos últimas conferencias: Yalta y Potsdam. En ellas, los líderes de las tres potencias aliadas cerraron los principales temas de la posguerra, especialmente el de la «cuestión alemana», con la división y ocupación de las cuatro zonas en las que se dividió el país. Pero también, en esas conferencias, la Unión Soviética consiguió lo que Stalin deseaba desde los años treinta: reconstruir y ampliar su país, y extender el máximo posible su influencia en Europa. Utilizando la fuerza del Ejército Rojo, la diplomacia soviética, apoyada en un potente servicio secreto y en los partidos comunistas de toda Europa, fieles a la disciplina internacionalista comunista, el país logró ampliar su territorio en 475 000 kilómetros cuadrados (unos 24 millones de personas) y extendió su influencia y control sobre más de 1 millón de kilómetros cuadrados, 92 millones de personas y siete países: había nacido la Europa del Este.

Iósif Stalin

Iósif Stalin (1879-1953) fue líder de la URSS desde 1924, fecha en la que sustituyó a Lenin, hasta su muerte en 1953. Georgiano de familia humilde, ingresó en un seminario religioso de donde fue expulsado por subversivo. En 1898 se afilió al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, desde donde se convirtió en un gran agitador y organizador de huelgas y manifestaciones. Fue detenido y deportado a Siberia, aunque escapó posteriormente, lo que le permitió seguir actuando en la clandestinidad hasta 1905, momento en el que se unió a los bolcheviques tras conocer a Lenin. En 1917 participó bajo el seudónimo de «Stalin» (‘hombre de acero’) en el movimiento revolucionario puesto en marcha en febrero. Tras el triunfo bolchevique formó parte del primer gobierno y desde 1922 fue nombrado secretario general del PCUS. Después de la muerte de Lenin comenzó a incrementar su poder dentro del partido, enfrentándose a Trotsky, al que expulsó de la organización y posteriormente mandó asesinar. Desde 1928 puso en marcha un plan industrializador y de colectivización forzosa que provocó

numerosas detenciones y muertes. En 1939 firmó un acuerdo secreto con Hitler para repartirse Europa del Este, pero tras la invasión nazi de la URSS en 1941, Stalin decidió entrar en la guerra del bando de los aliados. En las conferencias de Yalta y Potsdam consiguió extender su influencia y control sobre Europa central y oriental, con lo que se pondrían las bases para el telón de acero.

Iósif Stalin durante la Conferencia de Potsdam, en 1945.

Esta nueva realidad europea hizo que, solo transcurridos unos meses desde el final de la guerra, la cooperación aliada, y especialmente las relaciones entre Moscú y Washington, comenzaran a deteriorarse de forma progresiva. En febrero de 1946, Stalin pronunció un duro discurso contra las potencias occidentales y el bloque capitalista, en el que destacaba el papel central de la Unión Soviética para el triunfo sobre el nazismo —un esfuerzo no bien recompensado a su parecer— y la necesidad de extender y consolidar la influencia del comunismo en el mundo. En Estados Unidos no se dio la importancia requerida ni al nuevo lenguaje del dirigente soviético ni a lo que llevaba implícito el discurso. Pero dos personas sí supieron ver lo que las palabras de Stalin supondrían para el mundo.

Por un lado, el diplomático estadounidense George F. Kennan, un gran sovietólogo que en ese momento se encontraba en la embajada de Estados Unidos en Moscú, que a los pocos días del discurso de Stalin envió al gobierno estadounidense un «largo telegrama» secreto en el que se valoraba de forma muy realista y crítica a los soviéticos y sus objetivos expansionistas. Kennan recomendaba a sus superiores el incremento de los recursos militares y la adopción de una política de firmeza y contención contra la Unión Soviética. Posteriormente, este telegrama se publicaría en la revista Foreign Affairs (julio de 1947), bajo el seudónimo de «X», con lo que se confirmaba de forma clara que aquel iba a ser el curso de la política estadounidense en la nueva etapa de tensión que se anunciaba con Moscú.

El otro protagonista iba ser el exprimer ministro británico Winston Churchill. Tras perder las elecciones en 1945, se dedicó a viajar y a pronunciar conferencias sobre su experiencia política y su visión del nuevo mundo de la posguerra. En marzo de 1946 se encontraba en Fulton (Estados Unidos), en cuya universidad se le iba a nombrar doctor honoris causa, y presentó al pueblo estadounidense y a su presidente, que asistía al acto, un panorama desolador, peligroso y

amenazado por los objetivos de Stalin. Resulta importante destacar que en ese momento se estaba produciendo una desmovilización de las fuerzas estadounidenses en Europa, que a comienzos de 1947 solo contaban con 391 000 soldados de los 3,1 millones en total que permanecían en territorio europeo al finalizar la guerra. Por otra parte, en la Europa del Este, se encontraban más de 6 millones de soldados del Ejército Rojo. Fue en ese momento cuando pronunció una de las expresiones más importantes de la Guerra Fría: «telón de acero», aludiendo así a la «cortina de hierro», la expresión que realmente utilizó, que había caído entre la Europa occidental y la Europa del Este controlada por los soviéticos, y a la necesidad de que los estadounidenses permaneciesen en el Viejo Continente y se actuara con rapidez ante la nueva amenaza soviética.

George F. Kennan

Quizás menos conocido que otros protagonistas de la Guerra Fría, el diplomático e historiador George. F. Kennan (1904-2005) se convirtió desde 1946 en un hombre clave para la política exterior estadounidense, después de formular la llamada «doctrina de contención» contra la expansión comunista. Uno de los grandes expertos en la historia de Rusia, y autor de numerosas publicaciones sobre esta temática, se encontraba en la embajada estadounidense en Moscú en 1946 en calidad de jefe adjunto. En respuesta a una solicitud oficial sobre el comportamiento de la URSS ante la nueva situación internacional, escribió un largo telegrama secreto en el que sostenía con argumentaciones sólidas que el régimen soviético era expansionista por naturaleza y que Stalin necesitaba un mundo hostil para legitimar su autoridad autocrática; lo concedido en Yalta y Potsdam no iba a ser suficiente para el dirigente soviético y por ello la política que debían seguir Estados Unidos y el mundo occidental era la «contención» por «la aplicación hábil y vigilante de la fuerza contraria en una serie de puntos geográficos y políticos que cambian constantemente».

Según iba creciendo la tensión con Moscú, la Administración estadounidense permitió la difusión del texto, bajo el título «Las fuentes del comportamiento soviético», en la revista Foreign Affairs en julio de 1947, con el pseudónimo de «X». Su publicación provocó uno de los primeros debates intensos sobre la política exterior estadounidense en el nuevo contexto de la Guerra Fría, pero es evidente que sus planteamientos se convirtieron en doctrina oficial de Estados Unidos.

George F. Kennan en 1947.

Las iniciativas estadounidenses

A lo largo de 1946 y comienzos de 1947, las llamadas «pruebas de fuerza» entre Estados Unidos y la Unión Soviética se multiplicaron. Irán, Berlín, Checoslovaquia o Alemania se convirtieron en escenarios de estas demostraciones, de la violación de los acuerdos establecidos, y en ellos se vivieron momentos de creciente tensión. No obstante, el estallido definitivo de una situación de ruptura casi inevitable se trasladó desde comienzos de 1947 a Grecia y Turquía.

El 21 de febrero de 1947, el gobierno británico enviaba una nota, por medio de su embajador en Washington, al secretario de Estado estadounidense, el general Marshall, en la que le comunicaba la decisión de suspender la ayuda militar que venía dispensando a Grecia —donde había estallado una guerra civil entre el gobierno y la guerrilla comunista— y Turquía desde el verano de 1946, según el compromiso adquirido por Londres. Esta decisión tenía, por lo menos, tres interpretaciones: por un lado, la retirada británica de la línea de resistencia occidental en Grecia y Turquía suponía también la retirada de las potencias europeo-occidentales de los asuntos internacionales en favor de Estados Unidos, al que se le solicitaba que en el futuro se encargara de dirigir y coordinar las acciones del bloque occidental; era también el símbolo más claro de la decadencia de Europa y lo europeo en el mundo, algo ya anunciado en 1918-1919 y patente desde 1945; y también, de una forma más concreta, significaba el final del Imperio británico, mantenido y fortalecido desde el siglo XIX, y que en 1947 era imposible de defender ante las graves dificultades económicas y las reivindicaciones nacionalistas que se produjeron entonces, entre las que destaca la que se desarrolló en la India, que en agosto de ese año se materializaría en lo que sería, sin duda, el símbolo más preciso de esta nueva situación.

El vacío de poder dejado por los británicos en esos dos países, Grecia y Turquía, debía ser ocupado de forma inmediata. En el

Departamento de Estado pronto comenzaron a estudiarse las respuestas que habrían de adoptarse ante la decisión británica. Sin duda, no solo la situación en Grecia y Turquía era grave: el progresivo afianzamiento del poder de los partidos comunistas en varios países de Europa del Este; el avance en China de los ejércitos de Mao, sin contención posible; la pretensión de Ho Chi Minh, en el Sudeste Asiático, de terminar con la presencia colonial francesa; el triunfo en la península malaya de los comunistas sobre los británicos en la rebelión que habían iniciado; en Filipinas, los comunistas atacaban al ejército nacional en una permanente guerra de guerrillas y en Europa Occidental obtenían importantes triunfos electorales e incluso se integraban en gobiernos de coalición (Finlandia, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Grecia, Islandia, Noruega y Dinamarca más Italia y Francia). El comunismo, pues, comenzaba a percibirse en clave de amenaza.

El «telón de acero»

Se trata de una de las expresiones más utilizadas durante la Guerra Fría, cuya autoría le corresponde al político británico Winston Churchill. La primera vez que la utilizó fue en la Conferencia de Potsdam al ver los avances soviéticos en Europa central y oriental y la imposibilidad por parte de las potencias occidentales de controlar lo que estaba ocurriendo en esos países, a pesar de los compromisos soviéticos. No obstante, cuando se popularizó fue durante la primavera de 1946, momento en el que pronunció uno de los textos más importantes de esta etapa de la historia mundial, en un discurso en la Universidad de Fulton ante el presidente de Estados Unidos, Truman.

En él señaló que «Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, una ‘cortina de hierro’ ha caído sobre el continente», a lo que añadió que todos los países que formaban parte de Europa central y oriental «se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética», con una «creciente medida de control por parte de

Moscú».

Al poco tiempo, la expresión «cortina de hierro» se sustituyó por «telón de acero», pues se identificó ese telón con el personaje que lo creó: Stalin, «el hombre de acero». Desde 1989, este «telón» comenzó a derribarse hasta su desaparición en 1991.

Mapa con el telón de acero marcado con una gruesa línea negra.

El 12 de marzo de 1947, el presidente estadounidense Harry S.

Truman se dirigió al Congreso de Estados Unidos para anunciar un cambio importante en los objetivos y la estrategia de la política exterior. El discurso duró veintiún minutos y de su contenido se destacan estas frases: «Uno de los objetivos fundamentales de la política exterior de Estados Unidos es la creación de condiciones en las cuales nosotros y otras naciones podamos forjar una manera de vivir libre de coacciones [...]. Sin embargo, no alcanzaremos nuestros objetivos a menos que estemos dispuestos a ayudar a los pueblos libres al mantenimiento de sus instituciones libres y de su integridad nacional [...]. A la población de toda una serie de estados les ha sido impuesto, contra su voluntad, un régimen totalitario [...]. Si dejáramos de ayudar a Grecia y a Turquía en esta hora decisiva, las consecuencias, tanto para Occidente como para Oriente, serían de profundo alcance [...]. Por lo tanto, pido al Congreso autorización para ayudar a estos dos países con la cantidad de 400 millones de dólares durante el período que termina el 30 de junio de 1948 [...]».

A través de las palabras del dirigente estadounidense se ponían de manifiesto claramente tres ideas: a) se habían roto en Europa los compromisos contraídos en Yalta y Potsdam; b) del enfrentamiento bélico propio de la guerra, se había pasado a la confrontación ideológica entre dos modelos, el que defendía y protegía la «libertad» y el que imponía el «totalitarismo»; c) los acontecimientos en Grecia y Turquía representaban la primera prueba de fuerza de esta nueva realidad, el primer lugar en el que se estaba produciendo un nuevo tipo de enfrentamiento, y ello exigía la inmediata respuesta estadounidense, basada en la contención contra el totalitarismo, es decir, contra el comunismo representado por la Unión Soviética de Stalin. De esta manera se anunciaba la llamada «doctrina Truman» y con ella se iniciaba el camino que conduciría a la Guerra Fría.

Tanto el presidente como el secretario de Estado, el general Marshall, comenzaron a planificar la que sería una nueva estrategia frente a la Unión Soviética. La doctrina Truman fue el primer anuncio oficial, acogida con reacciones diversas y encontradas en Estados Unidos y Europa; sin embargo, la oposición más contundente llegaría de Moscú. En perfecto paralelo se adoptó una política de mayor firmeza en los procesos negociadores aún abiertos

tras la finalización de la guerra, especialmente en el tema de los tratados de paz y de la cuestión alemana: se presionó a los gobiernos occidentales para que los comunistas abandonaran los gobiernos de coalición, y la presencia militar estadounidense aumentaba de forma decidida. No obstante, persistía un grave problema en el continente: la escasez de alimentos y de combustible, unido a la falta de recursos financieros para volver a poner en funcionamiento la maquinaria industrial podía ser un grave obstáculo a los planes estadounidenses. Era necesaria, pues, una nueva iniciativa.

El gobierno de Estados Unidos había concedido a Europa Occidental desde el final de la guerra una ayuda de más de 4500 millones de dólares, más otros 6800 millones en forma de créditos. A pesar de ello, la situación económica no mejoraba y los índices de producción agrícola e industrial descendieron en todos los países. Más importante era aún la situación de la población, pues el hambre, la desnutrición y las enfermedades de miles de personas estaban minando la ya paupérrima condición de los europeos. Todo ello hizo que se comenzase a planificar una gran operación de ayuda económica, que, su vez, beneficiara a Estados Unidos, pues la balanza comercial con Europa estaba cada vez más descompensada.

El encargado de hacer pública esta operación fue el general Marshall y el lugar escogido la Universidad de Harvard, centro al que había sido invitado para ser investido doctor honoris causa. El 5 de junio de 1947, el secretario de Estado expuso ante el numeroso público asistente los objetivos de su propuesta: la necesidad de ayudar a Europa para que superase las consecuencias sufridas por la guerra; la importancia de dar confianza a los ciudadanos europeos en el futuro; el papel clave que tenía Estados Unidos en el logro de estos objetivos, no solo por su poder económico y las repercusiones que la situación europea podía tener en el país, sino también por su posición en el mundo; difundir la idea de que la ayuda era ofrecida a todos los países y no iba dirigida contra nadie, pero si alguien la obstaculizaba se encontraría con la oposición estadounidense; y las peticiones de ayuda debían de hacerse desde Europa y por los europeos. Se anunciaba así el llamado desde entonces Plan Marshall.

Mapa con los países de Europa que recibieron la ayuda del Plan Marshall.

Tras un primer intercambio de puntos de vista entre franceses, británicos y soviéticos, se decidió responder a la propuesta estadounidense convocando una reunión en París el 27 de junio. En ella quedó patente que la URSS rechazaba la ayuda de Estados Unidos por las condiciones que el gobierno de este país exigía, y que presionaba, al mismo tiempo, a los estados sometidos a su control a adoptar la misma decisión. En julio se constituyó un Comité Europeo de Cooperación Económica (CECE), encargado de elaborar un informe sobre las demandas que desde Europa se podrían hacer a Estados Unidos. Tras el informe presentado el 3 de

abril de 1948, Truman firmaba la Foreign Assistance Act, conocida más popularmente como el Programa de Recuperación Europea o Plan Marshall. El 16 de abril de 1948 se rubricaba en París el convenio consultivo que creaba la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), una institución que a partir de ese momento se encargaría de gestionar la ayuda estadounidense.

El Plan Marshall y sus consecuencias para la integración europea

Como continuación de la formulación de la doctrina Truman, el Plan Marshall representa la segunda iniciativa destacada en los inicios de la Guerra Fría por parte de Estados Unidos. El general George Marshall fue nombrado secretario de Estado por el presidente Truman, por su prestigio como militar y por su experiencia como mediador en algunas misiones diplomáticas al finalizar la guerra. El presidente de Estados Unidos le encomendó una tarea esencial: la reconstrucción de Europa. En junio de 1947, y tras preparar a la opinión pública estadounidense, presentó en la Universidad de Harvard su plan.

Con objetivos muy concretos, aparentemente solo de ayuda económica, el Plan Marshall tuvo notables consecuencias para la mayoría de los europeos occidentales. En abril de 1948 comenzaron a llegar las primeras 19 000 toneladas de trigo, y posteriormente artículos alimenticios, forrajes, fertilizantes, maquinaria, vehículos, combustible e incluso leche en polvo, todo ello «Made in USA». Los ciudadanos europeos comenzaron a reconstruir sus vidas y a volver a una cierta normalidad, pero también este plan puso en marcha el proceso de integración europea, calificado por Churchill como «el acto más puro en la historia de las naciones», pues el gobierno estadounidense exigió la creación de una entidad para canalizar toda esta ayuda y su reparto: así surgió el Comité Europeo de Cooperación Económica, y posteriormente la Organización Europea de Cooperación Económica. En estas organizaciones ya estaba

integrada la recién vencida Alemania, que comenzaba a establecer vínculos muy estrechos con sus antiguos enemigos. Esta reconciliación, este proceso de cooperación económica y esta nueva política económica abierta, liberal, serán las bases del proceso de integración económica en Europa occidental. Gracias, entre otras razones, a sus resultados, en 1950, con la Declaración Schuman, ministro de Asuntos Exteriores francés, se iniciaba el proceso de institucionalización de esta integración proponiendo la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), en cuya base estaría la reconciliación entre Francia y Alemania. Como señaló el excanciller alemán Helmut Schmidt: «Estados Unidos no debería olvidar que la Unión Europea es uno de sus más grandes logros. Nunca hubiera existido sin el Plan Marshall».

Reconstrucción de un edificio en Alemania financiada por el Plan Marshall.

Esta ayuda se concedió a dieciséis países europeos (excluyendo a España, sometida a un proceso de aislamiento internacional desde 1946, Finlandia y los países controlados por la URSS). El Plan Marshall estuvo vigente oficialmente entre 1948 y 1952, y con él se invirtió un total de 13 150 millones de dólares en el programa de reconstrucción, aunque hasta 1955 siguió llegando ayuda directa. Al principio se puso mayor interés en la provisión de artículos

alimenticios, forrajes y fertilizantes, y posteriormente fueron adquiriendo prioridad las materias primas industriales y los productos semifacturados. Casi el 70% de los productos enviados a Europa procedieron de Estados Unidos y la proporción alcanzó el 98% en lo que se refiere a vehículos y maquinaria, con los correspondientes beneficios para la economía estadounidense. La ayuda militar se incrementaría, a su vez, desde 1950 de forma sustancial. En definitiva, el Plan Marshall fue un elemento básico en la reconstrucción económica de Europa occidental, pero también una forma muy precisa de superar la crisis económica de posguerra en Estados Unidos y de fortalecer los postulados neocapitalistas en la estructura económica internacional impuestos por los estadounidenses en Bretton Woods. Su valor para la Guerra Fría no debe tampoco olvidarse, pues con ello se fortaleció el bloque occidental, se evitó la expansión de ideas o principios revolucionarios entre las masas hambrientas y desesperadas, y se relegó cualquier política socialista en los gobiernos occidentales.

Estas iniciativas tendrían también su complemento militar. No solo se incrementaron los gastos en este sentido y se sintió una cierta seguridad con la posesión en exclusiva de la bomba atómica por parte de Estados Unidos para ejercer una diplomacia de poder, sino que además se sintió la necesidad de cohesionar el bloque occidental mediante una alianza militar. De esta forma, surgió la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), creado, a su vez, sobre la base de los compromisos militares ya existentes en Europa occidental (Tratado de Dunkerque de 4 de marzo de 1947 y Unión Occidental de 17 de marzo de 1948). El 4 de abril de 1949 se firmaba en Washington este tratado, que entró en vigor el 24 de agosto. A él se incorporaron doce estados, diez europeos más Canadá y Estados Unidos. El primer secretario general de la institución, Lord Ismay, la definió con estas palabras: «La OTAN se creó para mantener dentro a los estadounidenses, fuera a los rusos y abajo a los alemanes».

Las respuestas soviéticas

Todas estas iniciativas estadounidenses pronto tuvieron su respuesta en la Unión Soviética de Stalin. La victoria de la potencia rusa en la Segunda Guerra Mundial fue, sin duda, el triunfo de un país movilizado en contra de un enemigo común. No obstante, Stalin consideró que este éxito en la denominada oficialmente «Gran Guerra Patria» se había conseguido gracias a su genio militar. Y al mismo tiempo, la propaganda soviética dijo que también gracias a la URSS se había conseguido salvar a Europa del fascismo y todo ello con un coste, como sabemos, muy elevado: 20 millones de muertos. Por otro lado, el Ejército Rojo había «liberado» del nazismo a la mayoría de los territorios de Europa del Este, con la excepción de Yugoslavia y Albania, lo que aparentemente justificaba que tras la guerra aún se mantuvieran en estos territorios más de seis millones de soldados. Por todo ello, el máximo dirigente soviético consideraba que su país no había sido suficientemente recompensado ni valorado. Pronto comenzaron las tensiones y las actitudes divergentes con los antiguos aliados.

El planteamiento desde Moscú era muy claro. A través de discursos y de la elaboración de documentos oficiales se establecía que el bloque capitalista occidental, liderado por Estados Unidos, era el enemigo fundamental del sistema socialista, al que había que vencer y superar. Asimismo, la Unión Soviética era considerada como una fortaleza asediada por el imperialismo agresivo y militarista y para protegerla era necesario impulsar una lucha de clases a nivel internacional y establecer un «glacis de seguridad» en torno a ella. Los soviéticos defendían, también, que era necesario utilizar en esa lucha los ideales revolucionarios (paz, seguridad, socialismo, etc.), para lograr el máximo apoyo de la opinión pública internacional a su acción exterior. En ese sentido, deberían relativizarse las alianzas y los compromisos internacionales con la comunidad internacional, utilizándolos más como un medio que como un fin, pues el objetivo final de la política exterior soviética

debía ser el de la creación de un sistema socialista mundial, que pudiera hacer frente, con la Unión Soviética a la cabeza, a las agresiones imperialistas y a la injerencia en los asuntos internos de los estados soberanos.

La doctrina Truman y, en especial, el Plan Marshall fueron considerados por Stalin y los soviéticos como las primeras amenazas directas contra los objetivos de la Unión Soviética y el socialismo internacional. La primera respuesta fue político-ideológica y se plasmó en la creación de la Kominform u Oficina de Información de los Partidos Comunistas. El encargado de poner en marcha esta iniciativa fue el dirigente e ideólogo soviético A. A. Zhdanov, quien pronunció un duro discurso, considerado como el primer texto en el que se analiza la Guerra Fría y su significado desde la perspectiva soviético-marxista. Desde la Kominform, pues, se puso en marcha una operación bien planificada para sovietizar de forma rápida Europa central y oriental: desde finales de 1947 y comienzos de 1948, los partidos comunistas de estas zonas aceleraron el proceso para alcanzar todo el poder en sus respectivos países, e instauraron a continuación un nuevo tipo de sistema político: la democracia popular en Bulgaria (1946), Polonia (1947), Rumanía (1947), Checoslovaquia (1948), Hungría (1949) y finalmente en la República Democrática Alemana (1949). Albania y Yugoslavia, con sus características propias, mantenían, de momento, especiales relaciones con la URSS.

Una nueva respuesta fue el impulso que desde Moscú se dio a los procesos de revolución mundial que, auspiciados por los partidos y movimientos comunistas, se estaban desarrollando principalmente en China, Corea e Indochina. De esta manera, en 1949 la Unión Soviética de Stalin podía estar también satisfecha con este objetivo al haber logrado crear el que se denominó oficialmente como sistema socialista mundial, que llegaría a estar formado por dieciséis estados en todo el mundo.

La Unión Soviética no podía relegar tampoco el uso de la fuerza y el papel principal que los recursos militares iban a tener en este nuevo enfrentamiento, especialmente al contar Estados Unidos en esos primeros momentos con el monopolio nuclear. La utilización de una diplomacia de poder se convirtió en algo necesario para el logro de

los objetivos previstos: el 23 de septiembre de 1949 se anunció que la Unión Soviética había realizado su primera explosión atómica, con lo que se daba comienzo a la carrera armamentística y a la disuasión nuclear. El proceso de respuestas se cerró con una nueva iniciativa para fortalecer el bloque socialista: el 1 de enero de 1949 se creaba el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), y más adelante, en 1955, se firmó el Pacto de Varsovia.

En definitiva, el conjunto de iniciativas/respuestas estadounidenses y soviéticas pondrían en marcha lo que se ha llamado ya convencionalmente como Guerra Fría. Un enfrentamiento entre dos superpotencias, dos bloques de estados y dos sistemas globalizadores, que durará hasta 1991 cuando una de las potencias —la Unión Soviética— y uno de los bloques —el socialista— fracasaron en sus objetivos e incluso desaparecieron territorial y políticamente.

Una definición de la Guerra Fría

Explicadas las causas que provocaron el estallido inevitable de la Guerra Fría en 1947, estamos en condiciones de definir de forma sencilla lo que fue este peculiar y largo conflicto en la historia: un estado de tensión permanente, primero entre las dos superpotencias y luego entre los dos bloques liderados por ellas, que no provocó un conflicto directo gracias al latente peligro de destrucción mutua asegurado por la utilización de las armas nucleares. Pero ¿solo eso fue la Guerra Fría? Debemos ampliar más nuestra definición con las siguientes características:

Fue un enfrentamiento directo y no bélico que se inició en 1947 entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Los dos estados con mayor poder e influencia en el sistema internacional, que adquirieron un nuevo estatus en la política internacional: el de superpotencias.

Esta nueva relación de poder dio lugar a un nuevo sistema internacional, denominado bipolar y flexible, en el que, junto a las dos superpotencias y los bloques que estaban bajo su influencia, se encontraban actores no alineados y un actor universal, la ONU, que trató de desempeñar un papel atenuador de la tensión internacional, pero que fracasó en sus principales objetivos.

En este sistema bipolar ambas superpotencias trataron de distinguir entre aliados y enemigos, delimitaron sus zonas de influencia o «glacis de seguridad» intentando ampliarla y trataron de imponer sus valores, lo que impidió cualquier desviacionismo político o ideológico en sus respectivas zonas. No hubo posibilidad de que un Estado se declarase neutral sin el consentimiento de las dos superpotencias.

Ocupada, controlada y delimitada una zona de influencia, su

respeto por la otra superpotencia fue, por lo general, una regla básica. Cuando esta regla se incumplió y muy especialmente cuando este incumplimiento afectó a territorios incluidos en el perímetro de seguridad establecido por las dos superpotencias, el peligro de enfrentamiento directo surgió y la tensión se agravó, lo que provocó una serie de conflictos-tipo.

Ambas superpotencias y los bloques que lideraron, a pesar de las incompatibilidades de objetivos y fines, reconocieron ciertos valores o principios comunes que tendieron a trasladar al actor universal, la ONU, con lo que esta institución se convirtió en un lugar de enfrentamiento, en vez de un foro donde se resolvieran las diferencias internacionales.

El enfrentamiento entre los dos bloques se fue mundializando paulatinamente a partir de los primeros choques en Europa. De forma progresiva, el antagonismo ideológico y dialéctico se amplió y en él se integraron factores políticos, psicológicos, sociales, militares y económicos, con lo que se convirtió en un enfrentamiento global y total.

La tensión permanente impulsó la elaboración de una política de riesgos calculados, con la disuasión nuclear como eje básico, que adoptó una estrategia diplomático-militar cuyas bases fueron: la contención del enemigo y de su expansión; la disuasión de cualquier acto hostil ante la amenaza de recurrir al enfrentamiento bélico y provocar cuantiosos daños; la persuasión en tanto en cuanto los factores ideológicos y psicológicos tuvieron un papel clave; la subversión como medio de eliminar a las autoridades políticas o militares que no aceptaron los valores o las reglas del bloque en el que estaban integrados; el espionaje ante la necesidad de conocer rápida y verazmente las actividades y decisiones del enemigo, plasmado en sus dos máximas expresiones, la CIA y el KGB.

El desarrollo de la Guerra Fría estuvo condicionado, básicamente, por tres factores: los cambios en la cúpula del poder de las dos superpotencias; el control que sobre esta tuvieron siempre los políticos frente a los militares, y las percepciones que desde Washington y Moscú se tuvieron de la potencia enemiga y de su expansión regional o mundial.

¿Una o dos guerras frías?

La larga duración de este peculiar conflicto mundial provoca que, a diferencia de otras etapas históricas, los debates entre los diferentes especialistas sean permanentes y a veces muy polémicos. Uno de los más destacados es el que hace referencia a los límites cronológicos y, en relación con él, a la existencia de una o dos guerras frías. Veamos de forma resumida algunos de estos interesantes debates.

El primero de ellos hace referencia al inicio de la Guerra Fría. Las fechas más repetidas suelen ser tres: la primera, 1917, fue defendida por estudiosos como Fleming, Fontaine o Parsons, y más recientemente por Powaski, quienes afirmaban que, tras el triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia, había comenzado el enfrentamiento entre dos sistemas sociales, políticos, ideológicos y de poder antagónicos, que alcanzó su punto culminante después de 1945. La segunda, 1939-1945, fue utilizada por Rostow, Schlesinger, Gaddis, Duarte, Da Cal y Veiga, en sus respectivos trabajos, que ponían de manifiesto que Stalingrado, Yalta y Potsdam pusieron las bases de la expansión ideológica y territorial de la Unión Soviética, la cual hubo de ser respondida por los estadounidenses, lo que provocó el enfrentamiento directo. Por último, 1947, como hemos visto, es la fecha sobre la que hoy existe mayor consenso entre los especialistas y la adoptada también en este libro.

Si polémico ha sido el tema de los orígenes, más aún lo ha sido el de la finalización del conflicto. Una fecha que se mantuvo durante un largo período fue la de 1962, a raíz de la tensión que vivió el mundo durante la crisis de los misiles en Cuba; sus partidarios decían que tras este momento comenzó una larga etapa de coexistencia pacífica entre los dos bloques. Posteriormente, se indicó por parte de algunos autores que el período comprendido entre 1973 y 1975 supuso el final de una larga era de conflictos y enfrentamientos entre las dos superpotencias; la firma del Tratado

de Paz en Vietnam, el Acuerdo soviético-estadounidense sobre Prevención de la Guerra y, sobre todo, la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, que culminó en Helsinki en 1975, constituyeron los hechos claves que permitían afirmar que la Guerra Fría había llegado a su fin. La invasión soviética de Afganistán en 1979 y la elección del republicano Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos en 1980 dieron paso a un nuevo período de tensión internacional. Para algunos autores (F. Halliday, N. Chomsky o J. Gittings) con ello se iniciaba una Segunda Guerra Fría tras un largo período de coexistencia pacífica; para otros, era una nueva crisis en el desarrollo de la misma.

Con la perspectiva que nos da el tiempo y los acontecimientos pasados, podemos afirmar que la Guerra Fría terminó entre 1989 y 1991. Los acontecimientos que se produjeron en ese corto período en Europa, centro de la tensión propia de la Guerra Fría, así como la crisis global de la Unión Soviética, las revoluciones en Europa central y oriental, la caída del telón de acero y del Muro de Berlín, así como la reunificación alemana y la firma del Tratado de Paz definitivo después de la Segunda Guerra Mundial son acontecimientos más que suficientes para poner de manifiesto el significado histórico de la Guerra Fría. Protagonistas destacados de ese período como los presidentes George W. Bush y Mijaíl Gorbachov, el canciller alemán Helmut Kohl o incluso el diplomático e ideólogo de la política de contención G. F. Kennan así lo confirmaron, pues tal y como este último señaló en el Senado estadounidense en 1989: «La Guerra Fría ha terminado, la Unión Soviética ha dejado de ser una amenaza».

Los otros protagonistas de la Guerra Fría

~ La Organización de las Naciones Unidas (ONU) ~

Cuando, el 1 de septiembre de 1939, dio comienzo la Segunda Guerra Mundial, muchos líderes y la opinión pública internacional estuvieron de acuerdo en una idea: el fracaso absoluto de la Sociedad de Naciones (SDN) que se creó en 1919 a iniciativa del presidente estadounidense Woodrow Wilson con el fin de evitar, principalmente, el estallido de una nueva guerra. Por ello, muy pronto los líderes de las potencias aliadas empezaron a diseñar una alternativa a la SDN que tuviera un papel destacado en el nuevo orden de la posguerra.

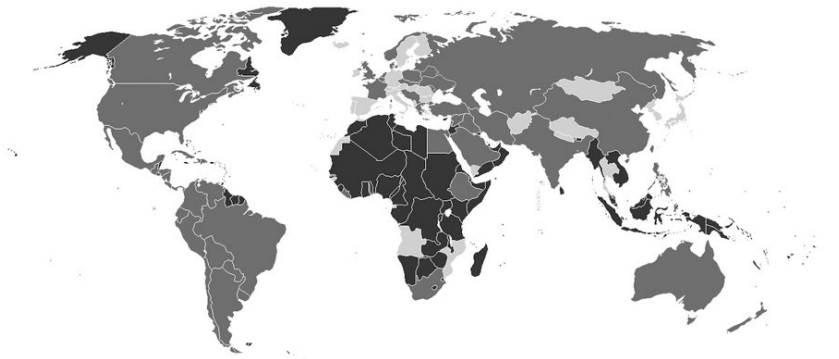
Desde la Carta del Atlántico a la Conferencia de Yalta, se fueron dibujando las líneas de actuación, los objetivos y la estructura interna de esta nueva institución internacional, que el presidente estadounidense Roosevelt consideraba como el único instrumento eficaz para que no se repitiera una guerra como la que en esos momentos se estaba desarrollando en el mundo. Durante este largo proceso de discusiones, comenzaron a plantearse algunas cuestiones que luego se volverán conflictivas y determinantes en el funcionamiento de la ONU: la creación de una fuerza de paz, la representación nacional o la diferente autoridad y el poder que deberían tener un número limitado de estados sobre los demás.

Naciones Unidas fue el nombre concebido por Roosevelt, frente a la expresión Gran Alianza propuesta por Churchill. Se utilizó por vez primera en la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942, suscrita por veintiséis estados aliados que luchaban contra las potencias del Eje. A esta Declaración se unirían posteriormente otros veintiún estados, y sirvió de base de discusión de la nueva organización internacional que habría de crearse definitivamente en 1945. Durante la Conferencia de Dumbarton Oaks, celebrada en Washington entre el 21 de agosto y el 7 de octubre de 1944, en la

que participaron Estados Unidos, China, la Unión Soviética y el Reino Unido, se llegó a varios acuerdos sobre la futura organización, pero también aparecieron las primeras discrepancias. Así, se establecieron los principios y propósitos fundamentales, la adhesión de sus miembros y los órganos principales, especialmente el Consejo de Seguridad, pero no se pudo acordar nada respecto a su sistema de voto. Fue en la Conferencia de Yalta, celebrada en febrero de 1945, donde los tres máximos dirigentes aliados, Roosevelt, Stalin y Churchill trazaron definitivamente las grandes líneas de actuación y organización de Naciones Unidas y convocaron una conferencia para su creación.

En virtud de este compromiso, el 5 de marzo de 1945, el Departamento de Estado estadounidense, en nombre de las otras cuatro grandes potencias, cursaba una invitación a cuarenta estados para que asistieran a la Conferencia de San Francisco. Así, el 25 de abril, se inauguraba la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Organización Internacional, a la que asistieron 1200 delegados de cincuenta estados. En su discurso, el nuevo presidente estadounidense, Harry S. Truman, señaló el 12 de abril: «Los miembros de esta conferencia han de ser los arquitectos de un mundo mejor. En vuestras manos descansa nuestro futuro. Por vuestros trabajos en esta conferencia sabremos si la humanidad que sufre ha de lograr una paz justa y perdurable. Trabajemos para alcanzar una paz que sea en verdad digna de los grandes sacrificios».

El 26 de junio de 1945 concluyeron oficialmente las negociaciones con la aprobación por unanimidad el día anterior de la Carta de las Naciones Unidas y el Estatuto de la Corte Internacional de Justicia. Tras la firma por todos los representantes, a los que se unió a última hora Polonia, de los documentos constitutivos, se creó una Comisión Preparatoria, con carácter de interinidad hasta que la ONU estuviera física y jurídicamente establecida. Finalmente, el 24 de octubre de 1945 nacía de manera oficial la Organización de Naciones Unidas (ONU), cuando quedó ratificada la Carta de las Naciones Unidas por parte de las cinco grandes potencias y por la mayoría de los demás signatarios.



Las Naciones Unidas en 1945. En negro, los protectorados o territorios bajo influencia de los países miembros (en gris oscuro). En gris claro, los pocos países que no formaban parte de la organización.

La Carta de las Naciones Unidas, cuyo preámbulo comienza con unas palabras que recuerdan a las utilizadas en la Constitución estadounidense de 1787, se compone de un preámbulo, 19 capítulos y 111 artículos. Junto a ella siempre va unido el Estatuto de la Corte Internacional de Justicia, con 70 artículos. Desde su elaboración ha sido enmendada en los años 1963, 1965 y 1971, y se han realizado reformas relativas al aumento del número de miembros del Consejo de Seguridad y el Consejo Económico y Social, así como al sistema de votación. El texto de la carta comparte algunas analogías con el del Pacto de la SDN, pero existe una importante diferencia con este y es que en el de la carta se aspira más a recomendar a los miembros de la organización que a imponer determinados comportamientos y acciones. No prevé la retirada voluntaria de ningún miembro y presenta un carácter universalista. Por último, al igual que la SDN, la ONU se establece, a pesar de las palabras del preámbulo, como una asociación internacional de estados soberanos, lo cual excluye la intervención en los asuntos internos de sus miembros, lo que se suele denominar «no injerencia».

De su contenido podríamos destacar tres artículos. En el artículo 1.º se señalan los propósitos de la ONU: a) mantener la paz y la

seguridad internacionales; b) fomentar entre las naciones relaciones de amistad, basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y la libre determinación de los pueblos; c) realizar la cooperación internacional en la solución de los problemas internacionales en los diversos campos de la misma, y en el desarrollo y estímulo del respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales sin discriminación; y d) servir de lugar que armonice los esfuerzos de las naciones para el logro de estos propósitos. En el artículo 2.º, se indican los procedimientos a utilizar para el logro de los objetivos anteriores: la igualdad soberana de todos sus miembros; el cumplimiento de todas las obligaciones contraídas y recogidas en la Carta; la resolución de sus controversias por medios pacíficos y sin poner en peligro la paz, la seguridad y la justicia; la abstención de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado; la prestación de ayuda a la organización en cualquier acción que esta ejerza; el apoyo al objetivo de la organización para que los estados no miembros de la misma conduzcan sus relaciones exteriores bajo los mismos principios; y la no intervención de la organización en los asuntos que son de jurisdicción interna de los estados.

Junto con estos importantes apartados, muchos autores indican que el verdadero centro de la Carta es el capítulo VII (acción en caso de amenaza contra la paz, de ruptura de la paz y de acto de agresión), flanqueado por los capítulos VI (sobre el arreglo pacífico de las controversias) y VIII (acuerdos regionales). Como el Pacto de la SDN, la Carta apuesta de nuevo por el concepto de seguridad colectiva. No obstante, el papel asignado en la aplicación de estos artículos al Consejo de Seguridad y la nula referencia a la organización de fuerzas armadas condicionarán fuertemente el logro de los objetivos previstos durante la mayor parte de la historia de la ONU.

De su estructura organizativa destacamos, en primer lugar, la Asamblea General, principal órgano deliberativo, compuesto por todos los estados miembros (en 1991, 166 miembros), cada uno de los cuales tiene derecho a un voto. Las funciones principales de la asamblea recogidas en la carta son el examen y aprobación del presupuesto de la organización; la elección de los miembros no

permanentes del Consejo de Seguridad, los elegibles del Consejo de Administración Fiduciaria y los del Consejo Económico y Social; el nombramiento, a recomendación del Consejo de Seguridad, del secretario general, y la recomendación de medidas, incluida el empleo de la fuerza, en caso de que esté amenazada la paz y si el Consejo de Seguridad no las adopta. La asamblea asigna la mayoría de las cuestiones a unas comisiones principales y tiene una serie de comités permanentes de expertos.

El Consejo de Seguridad se convirtió desde el comienzo (1946) en el principal órgano de deliberación y adopción de resoluciones, cuando estuvo formado por representantes de once estados. Desde 1965, tras la modificación aprobada en 1963, lo forman representantes de quince estados: cinco permanentes, la República Popular China (que sustituyó a Taiwán en 1971, que abandonó la ONU), Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia (que sustituyó a la URSS en 1991), y diez no permanentes, elegidos por la Asamblea General por un período de dos años. La presidencia es ejercida de forma rotatoria por los representantes del consejo cada mes. Al ser el órgano principal de la ONU sobre el que recae la responsabilidad respecto al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, la cuestión del voto en el mismo fue objeto de un largo debate desde la creación de la organización, debate que se resolvió en la misma Conferencia de San Francisco. A priori, cada miembro tiene un voto, como ya se ha indicado. Las decisiones sobre cuestiones de procedimiento se adoptan mediante un voto afirmativo de al menos nueve de los quince miembros. En el resto de las decisiones, y muy especialmente las consideradas muy importantes en relación con los objetivos de la organización o los intereses de las grandes potencias, se requiere nueve votos también, pero deben estar incluidos los votos afirmativos de los cinco miembros permanentes. Esta es la llamada «regla de la unanimidad» (coloquialmente, el «veto») de las grandes potencias.

Esta situación ha provocado una de las mayores discusiones entre los especialistas, diplomáticos o representantes de las potencias medias y pequeñas, en especial para valorar la eficacia de la organización. En la actualidad, la composición, el sistema de voto y el funcionamiento del Consejo de Seguridad están también en el centro de discusión de las reformas previstas. No obstante, hay que

recordar que las decisiones del Consejo de Seguridad son jurídicamente obligatorias para los estados y que disponen de varios medios —desde la remisión del tema a la Corte Internacional de Justicia hasta la imposición de sanciones económicas— para hacerlas cumplir. Bajo su autoridad directa se organizan las operaciones de mantenimiento de la paz.

Sin duda alguna, hay consenso en cuanto a indicar que una de las causas que ha provocado la ineficacia o la falta de respuesta ante los numerosos conflictos surgidos en el mundo desde 1945 ha sido la utilización del veto en las más de doscientas resoluciones adoptadas hasta finales de la década de 1980, especialmente por las dos superpotencias. El exsecretario general Boutros Ghali cuantificó su número en 279 hasta 1992. Durante la Guerra Fría fue la Unión Soviética la que en más ocasiones utilizó el veto, concretamente 116, seguida de Estados Unidos con 60, Reino Unido con 29, Francia con 17 y China con 4.

La Secretaría General presta sus servicios a los otros órganos de la organización y administra los programas y las políticas que elaboran. Su jefe es el secretario general, elegido por la Asamblea General a recomendación del Consejo de Seguridad, por un período de cinco años, con posibilidad de reelección. La práctica diaria nos indica, no obstante, que el más alto funcionario administrativo de la organización es mucho más que eso, por cuanto al mismo tiempo que es un diplomático y un conciliador o un provocador en ocasiones, es también la personificación ante la opinión pública mundial de los ideales y principios de la ONU. El secretario general puede llamar la atención al Consejo de Seguridad sobre cualquier asunto que pueda poner en peligro la paz y la seguridad internacionales. También, junto con otras funciones, administra las operaciones de mantenimiento de la paz, presenta el presupuesto bianual de la organización así como estudios relativos a problemas económicos, demográficos o de otra índole y actúa de mediador en las controversias internacionales.

Con todos estos condicionantes, se puede afirmar que el papel del secretario general en el funcionamiento de la ONU ha sido, y es, objeto de análisis pormenorizados por parte de diferentes especialistas. En la mayoría de los casos, se pone de manifiesto que

su papel político fue aumentando progresivamente en relación inversa a la incapacidad de otros órganos de la ONU de actuar convenientemente en el logro de los objetivos previstos por esta. De hecho, algún autor señala que desde 1965 se le podría considerar el miembro del Consejo de Seguridad número 16. Sin duda, la labor de ciertos secretarios han venido a reforzar su posición en la propia organización. En otros casos, los secretarios generales han sido unos buenos gestores, sin mayor protagonismo. Durante la Guerra Fría fueron cinco los secretarios generales (véase el recuadro «Los secretarios generales de la ONU…»).

Entre los principales organismos de Naciones Unidas nos encontramos también con el Consejo Económico y Social. Se trata del órgano coordinador de la labor económica y social de las Naciones Unidas y de los organismos especializados, y está formado por 54 miembros; sus decisiones se adoptan por mayoría simple y cada miembro tiene un voto. Este consejo coordina un amplio conjunto de comisiones y organizaciones: nueve comisiones orgánicas, cinco comisiones económicas regionales y cuatro comités permanentes.

Por último, la Corte Internacional de Justicia, con sede en La Haya, es el órgano judicial principal de la organización, al que pueden recurrir todos sus miembros, e incluso los que no lo son, de acuerdo con unas condiciones previamente establecidas, y está integrada por quince jueces. Asimismo, los órganos principales y organismos especializados pueden solicitar una opinión consultiva sobre alguna materia de interés para la organización. La jurisdicción de la corte se extiende a todos los litigios a los que los estados le sometan, a todos los asuntos estipulados en la Carta de las Naciones Unidas y a los tratados y convenios vigentes. No obstante, los estados pueden obligarse por anticipado a aceptar su jurisdicción en la totalidad de los casos o en ciertas clases de materias, por lo que no todos los estados miembros de la ONU han aceptado la jurisdicción de la corte (en 1994, por ejemplo, solo la aceptaban 59 estados).

Los secretarios generales de la ONU durante la Guerra Fría

TRIGVE HALVDAN LIE (1896-1968): político noruego y primer secretario general de la ONU (1946-1953). En 1945 fue elegido secretario general como un candidato de compromiso entre los principales estados, y fue reelegido en 1950, cargo que ocupó hasta 1953, año en el que presentó su dimisión. Durante su mandato tuvo que hacer frente a la puesta en funcionamiento de Naciones Unidas, con lo que adquirió un gran protagonismo en la organización de las fuerzas armadas que bajo el pabellón de la ONU participaron en la guerra de Corea, lo que provocó que la Unión Soviética le considerase un aliado de Occidente y no un hombre neutral. Tuvo un especial empeño en la admisión de la República Popular China, lo que no logró durante su mandato.

DAG HJALMAR AGNE CARL HAMMARSKJÖLD (1905-1961): de origen sueco, fue el segundo secretario general de la ONU (1953-1961). Bajo su mandato, tanto su persona como el puesto que ocupó adquirieron un gran prestigio por su imparcialidad y su dedicación, pues supo superar la difícil situación en la que se encontraba la organización después del conflicto coreano. Apoyó la creación de una fuerza de emergencia para mantener el orden en Oriente Próximo después de la crisis de Suez, al mismo tiempo que se enviaron fuerzas de observación a Laos y el Líbano. Impulsó el proceso de descolonización. Hammarskjöld murió en 1961 cuando el avión en el que viajaba se estrelló al norte de Rhodesia, mientras estaba desarrollando una misión de paz en el Congo.

U THANT (1909-1974): birmano, fue el tercer secretario general de la ONU (1961-1971). Durante su largo mandato, desempeñó un papel importante en las negociaciones de paz para solucionar las crisis del Congo y de los misiles en 1962. Dos años más tarde impulsó el envío de fuerzas de la ONU a Chipre, así como el cese del fuego en la guerra entre India y Pakistán en 1965. En su segundo mandato se vio envuelto en el conflicto de Oriente Próximo, la guerra de Vietnam y diversos enfrentamientos en Asia, que no pudo solucionar satisfactoriamente. Consiguió, no obstante,

resolver el contencioso entre los dos estados chinos, lo que logró en 1971 tras obtener el apoyo necesario de los estados miembros para el ingreso de la República Popular China como miembro permanente del Consejo de Seguridad.

KURT WALDHEIM (1918-2007): nacido en Austria, fue el cuarto secretario general de la ONU (1972-1981). Durante su mandato actuó con mayor autoridad ejecutiva que sus predecesores, y participó en diversos procesos negociadores de conflictos regionales, especialmente en Chipre, Oriente Próximo y Sudáfrica.

JAVIER PÉREZ DE CUÉLLAR (1920): peruano, fue el quinto secretario general de la ONU (1982-1991). Después del fracaso de su plan de paz en el conflicto de las Malvinas (1982), sus habilidades como negociador y buen diplomático tuvieron un importante éxito al lograr el final de la guerra entre Irán e Irak, tras ocho años de enfrentamientos, y el abandono de Afganistán por las tropas soviéticas (1988). En 1989 apoyó el proceso de independencia de Namibia y consiguió que la presencia de la ONU en el mundo desde 1988, a través de los cascos azules, fuera eficaz y muy valorada por la opinión pública internacional, lo que supuso incluso la concesión del Premio Nobel de la Paz a las fuerzas de Naciones Unidas (1988). Al abandonar su cargo, la ONU, en el nuevo contexto del final de la Guerra Fría, había adquirido un papel muy relevante y decisivo en la sociedad internacional.

La República Popular China

Uno de los grandes protagonistas de la Guerra Fría fue, sin duda, la República Popular China y su líder histórico, Mao Zedong. La República China proclamada en 1911, tras la abdicación del último emperador, estuvo dirigida por Sun Yat-sen, fundador del Kuomintang, hasta su muerte en 1925, y por su sucesor, Chiang Kai-shek. En 1921, Mao creó el Partido Comunista chino y desde 1927 comenzó una lucha entre los dos bandos por controlar el país. Tras la fuerte represión contra los comunistas dirigida por Chiang Kai-shek, Mao y su Ejército Rojo se retiraron al interior de China en lo que se dio en llamar la «Larga Marcha» (1934-1935). El enfrentamiento se detuvo entre 1937 y 1945 como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y la lucha común contra los japoneses. En 1945, al finalizar la contienda, volvió el enfrentamiento pero ahora a los nacionalistas les apoyaba Estados Unidos y a los comunistas la Unión Soviética. Estos comenzaron a contar con gran apoyo popular, especialmente entre el campesinado, lo que les permitió ir ganando terreno y lograr el triunfo sobre los nacionalistas, que, liderados aún por Chiang Kai-shek, tuvieron que retirarse a Taiwán bajo la protección de Estados Unidos.

Mao Zedong junto a Iósif Stalin en Moscú en diciembre de 1949

El 1 de octubre de 1949, Mao proclamaba la República Popular China, que fue reconocida de inmediato por la Unión Soviética y los países socialistas, un nuevo triunfo comunista que se percibió como un gran peligro desde Occidente. Por un lado, el triunfo de Mao y la revolución china en 1949 resultaron de la victoria de una revolución campesina que, virtualmente, se produjo sin ayuda soviética. Por otro, desde Occidente se consideraba un nuevo éxito de la Unión Soviética, pues en 1950 esta y los chinos habían firmado un tratado de amistad y de ayuda mutua, que fue la base del Primer Plan Quinquenal (1953-1957) de la República Popular China, y que supuso la imposición a gran escala de una ortodoxia industrial estalinista y centralizada con vistas a convertir este nuevo país en una gran potencia mundial.

Una primera demostración de la fuerza de la nueva China fue su participación en 1950 en la guerra de Corea, en la que apoyó a los comunistas del norte. Posteriormente, la visualización de China como una potencia alternativa en el mundo bipolar y como referencia y modelo de un Tercer Mundo en gestación arrancará en la Conferencia de Bandung en 1955 a partir del papel desempeñado por Chu En-lai como mediador entre India y Pakistán. En 1964, el

gobierno chino explosionó su primera bomba atómica y su ejército se convirtió en el más numeroso del mundo.

Las buenas relaciones entre Moscú y Pekín desde 1949 se fueron deteriorando progresivamente a medida que la autonomía en el campo internacional y el desarrollo económico e industrial iba transformando la imagen de un país agrario y en desarrollo. Desde 1958 se intentó poner en marcha una nueva estrategia de desarrollo con el llamado «Gran salto adelante», que culminará ocho años después con la Revolución Cultural. Hay que poner esa nueva política económica en relación con el progresivo deterioro de las relaciones con la Unión Soviética, que supuso, por parte de Kruschev, la retirada de todos los técnicos soviéticos de China y la negativa a prestar cualquier tipo de ayuda científico-técnica, incluida, por supuesto, la cooperación en el ámbito nuclear. Evidentemente, enmarcado en este conflicto hay que situar el abandono del modelo soviético de desarrollo por parte Pekín, unido a la desestatización, la coexistencia pacífica y la transición pacífica hacia el socialismo, que eran temas en los que China había adoptado posiciones intransigentes frente a los nuevos vientos «revisionistas» imperantes en Moscú desde el XX Congreso del PCUS en 1956.

La ruptura se inició en 1963 cuando el Partido Comunista Chino hizo público un manifiesto en el que enumeraba un amplio conjunto de discrepancias con la política seguida por Moscú, tanto a nivel interno como, en especial, en la política internacional. Los soviéticos responderían recordando la ayuda prestada a China, los logros de la Unión Soviética desde 1917 y considerando suicida el desprecio chino al potencial nuclear de Estados Unidos. Esta ruptura será muy importante en el sistema socialista mundial, pues se producirá una división que hará que países como Albania, Corea del Norte, Vietnam o Indonesia secunden las tesis chinas, a la vez que se producirán escisiones en varios partidos comunistas.

En paralelo a la llamada «Revolución Cultural» adoptada en 1966, China comenzó a hacerse más presente en la vida internacional, especialmente como defensor de las tesis tercermundistas y la defensa de un papel más activo como potencia nuclear. China realizó intervenciones militares más o menos directas en diversos

puntos de Asia como Vietnam o Camboya, así como esfuerzos por desempeñar un papel fundamental en el ámbito del Movimiento de Países No Alineados, al tiempo que lograba su mayor éxito: convertirse en miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas desde la exclusión, en 1971, de Taiwán, a la que consideraba una provincia disidente y, en consecuencia, un problema de política interior.

No será hasta la década de 1970 cuando Estados Unidos y otros países occidentales comiencen a establecer relaciones diplomáticas y económicas con Pekín. Mao murió en 1976 dejando a un país en pleno proceso de cambio económico pero convertido ya en una gran potencia con poder de veto en Naciones Unidas. Su sucesor, Deng-Xiaoping inició un amplio plan de reformas en 1978 que se dirigieron hacia el interior con el objetivo de impulsar una modernización económica a través de la apertura al exterior y la liberación de los mecanismos de funcionamiento económico, pero sin ceder por ello a sus ambiciones geopolíticas con su obstinación por recuperar Hong Kong y Macao y asentar el dominio sobre el Tíbet, así como el deseo de integrar a Taiwán como una provincia más de la República Popular. El incremento de los gastos militares y del arsenal nuclear fue acompañado de un cada vez más modernizado ejército formado por más de cuatro millones de soldados.

Este proceso de modernización económica, mayor actividad en las relaciones internacionales, liderazgo dentro de los países en vías de desarrollo y apertura hacia el exterior, desarrollado en la década de 1980 no se vio acompañado de una liberalización política, por lo que comenzaron a estallar manifestaciones populares en la llamada «primavera de Pekín», primero protagonizadas por estudiantes y luego por obreros. El momento culminante se produjo en junio de 1989, cuando el ejército reprimió con gran fuerza a la muchedumbre que ocupaba la plaza de Tiananmen, con un saldo de muertos y heridos aún desconocido. Aunque la dureza de la represión conmocionó al mundo, las condenas internacionales fueron verbales y ningún país rompió relaciones con China. Incluso las relaciones con la Unión Soviética se restablecieron después de la cumbre entre Deng-Xiaoping y Gorbachov de mayo de 1990. China era ya un actor internacional con el que pocos se querían enemistar.

Protesta de estudiantes en Tiananmen en mayo de 1989.

Los países del Tercer Mundo y el Movimiento de los No Alineados

En el período posterior a 1945, la descolonización de Asia y África y el incremento de la conciencia política de la totalidad del mundo no europeo afectaron a la dinámica internacional y a la propia Guerra Fría. La Segunda Guerra Mundial y los movimientos revolucionarios que le siguieron, además de acelerar la pérdida de hegemonía de Europa, liquidaron la visión histórico-social de un ilimitado progreso de la humanidad hacia metas superiores y pusieron fin al eurocentrismo. En esa crisis emerge, precisamente, el concepto de Tercer Mundo, surgido de la lógica bipolar de dos mundos enfrentados en torno a sistemas económico-políticos antagónicos conformados alrededor de dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. Bajo esa lógica, todo lo que se situaba en la periferia de los dos bloques fue lo que se definió como Tercer Mundo, un espacio que a primera vista aparecía como al margen de los otros, que era fundamentalmente concernido por la explotación de sus riquezas por el Primer Mundo (capitalista) y por un apoyo a los esfuerzos de liberación de parte del Segundo Mundo (comunista). Sin embargo, las exigencias geopolíticas de la Guerra Fría modificaron sensiblemente la simplicidad de este esquema.

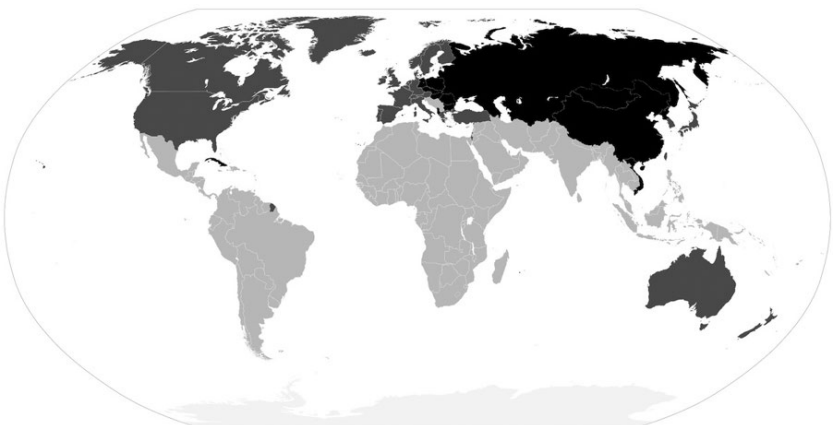
El Tercer Mundo y el subdesarrollo

Expresión acuñada en 1952 por el francés Alfred Sauvy para definir el conjunto de países no incluidos ni en el bloque occidental ni en el soviético, que compartían una serie de características como el subdesarrollo o la dependencia, y que deseaban ocupar un papel en

el sistema internacional y establecer un plan de acción para superar los problemas que los caracterizaba.

Estos países, de forma general, se identificaban también como países subdesarrollados, en ellos vivían tres cuartas partes de la población del mundo, y, a comienzos de la década de 1990, esa amplia población solo participaba con el 13% de la producción mundial.

A pesar de las polémicas sobre este concepto, existía cierto consenso sobre los indicadores socioeconómicos que definían este tipo de países: baja renta por habitante, subalimentación, alta mortalidad infantil y persistencia de enfermedades endémicas, alto crecimiento demográfico, escasa densidad de infraestructuras, predominio del sector agrícola poco modernizado, industrialización mínima, analfabetismo y carencia de cuadros dirigentes preparados.



En gris claro se muestran los países del «Tercer Mundo» durante la Guerra Fría.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, una gran parte del mundo formaba parte del orden político y económico europeo, bajo una fórmula colonial o neoimperial. Sin embargo, entre 1945 y 1960, cuarenta y siete países y un cuarto de la humanidad, unos 800

millones de personas, accedieron a la independencia (en total, entre 1946 y 1975 sesenta y cinco territorios coloniales se convertirán en estados soberanos). La descolonización no era un objetivo prioritario de las potencias europeas, pero las consecuencias de la propia guerra, la decadencia europea, la aparición del nuevo orden bipolar, el papel central que tuvieron los movimientos guerrilleros en su lucha contra las potencias invasoras, especialmente en Asia, la toma de conciencia de muchos líderes para defender la independencia de sus territorios y, claro está, el poco entusiasmo que estadounidenses y soviéticos, aunque por razones diferentes, mostraron por que se mantuviera el colonialismo fueron razones suficientes para explicar el gran impulso descolonizador.

Como colofón, las Naciones Unidas en la Carta de San Francisco establecían el derecho de autodeterminación de los pueblos. A partir de este objetivo, los miembros de Naciones Unidas apoyaron en su mayoría los procesos de independencia. El 14 de diciembre de 1960, se aprobaba la Resolución 1514 (XV), la «Declaración sobre la concesión de la Independencia a los Países y Pueblos coloniales». Era la carta magna de la descolonización y pronto en la comunidad internacional se aplicó el espíritu y la letra de la misma; en ese mismo año de 1960, dieciséis estados africanos fueron admitidos en la organización como miembros de pleno derecho. El proceso de independencia continuó, especialmente en África, y muy pronto el colonialismo pasó a la historia.

En ese contexto, los territorios coloniales en vías hacia la independencia se convirtieron en uno de los más importantes escenarios de competencia de bloques durante la Guerra Fría. En un primer momento, durante la posguerra mundial, para la Unión Soviética el apoyo a los movimientos de liberación nacional contra las potencias coloniales fue, según el pensamiento de Lenin, un elemento más en la lucha por debilitar al capitalismo. Estados Unidos, por su parte, se movía en un dilema insoluble: le repugnaba la idea de comprometerse en la defensa de los caducos imperios europeos, pero le acuciaba la necesidad de contener la expansión comunista, por lo que apoyaba esos procesos sin dejar de controlarlos.

En una segunda fase, Washington y Moscú, al intentar extender su

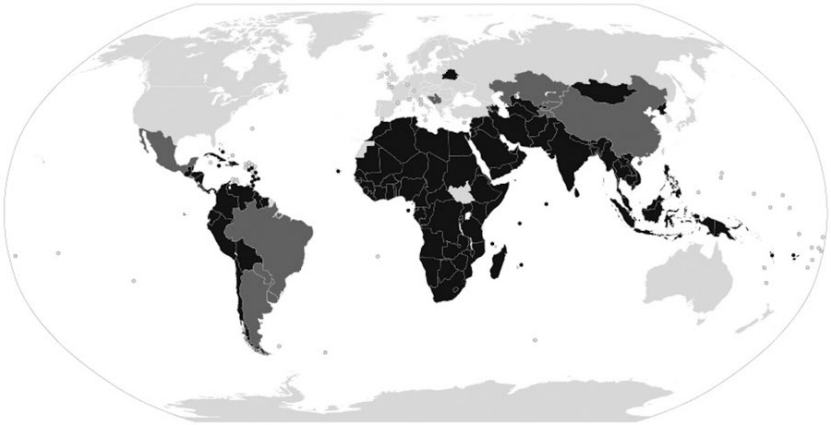
influencia a la periferia del sistema a partir de los países postcoloniales de Asia y África, se encontraron con grandes dificultades a la hora de la intervención, a causa de la creciente autonomía de los gobiernos locales y de la regionalización del sistema. De esta manera se daba carta de naturaleza al Tercer Mundo, completando así la división tripartita del planeta. Ambas superpotencias trataron de ampliar sus bloques y zonas de influencia, al mismo tiempo que frenar la expansión del enemigo. Todo ello se tradujo, como veremos, en una escalada de los conflictos locales, una imparable carrera armamentista y una militarización de amplias regiones. No será casual que la mayor parte de los conflictos localizados que estallaron durante la Guerra Fría lo hicieran en el llamado Tercer Mundo.

A pesar de este aparente control e intervencionismo de las dos superpotencias, los países independientes de África y Asia quisieron desarrollar una «tercera vía» en el ámbito de la política internacional y del sistema bipolar. El primer esfuerzo en la organización del Tercer Mundo se produjo en la Conferencia de Bandung, celebrada entre el 17 y el 24 de abril de 1955 en la antigua capital indonesia. Se trató de una iniciativa surgida en una coyuntura particular, marcada por el fin de las guerras de Corea y de Indochina y un arreglo provisional del contencioso chino-indio sobre el Tíbet, que supuso un giro radical en el proceso de descolonización por parte de los jefes de Estado de Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán (Grupo de Colombo), que decidieron convocar una conferencia de países africanos y asiáticos. En ella participaron 29 estados, que representaban a 1500 millones de habitantes (el 52% de la población mundial) y algunos de los líderes más destacados del mundo poscolonial como Nehru, Chou En-lai, Sukarno, Nkrumah, Nasser y Hô Chi Minh. Conviene destacar, asimismo, que fue la primera gran conferencia internacional sin la participación de los países europeos, Estados Unidos y la Unión Soviética.

En el desarrollo de las sesiones se afirmaron tres posiciones: una de carácter prooccidental (Filipinas, Japón, Vietnam del Sur, Laos, Tailandia, Turquía, Pakistán, Etiopía, Líbano, Libia, Liberia, Irak e Irán); una tendencia neutralista (Afganistán, Birmania, Egipto, India, Indonesia y Siria); y una tendencia procomunista (China y

Vietnam del Norte). La agenda de grandes temas de la conferencia tuvo como primer punto, evidentemente, la condena del colonialismo y, en segundo lugar, la coexistencia pacífica. Sus conclusiones se recogieron en diez principios, entre los que destacaban el respeto a la integridad territorial y a la soberanía, la no agresión, la no injerencia en asuntos internos, la reciprocidad en las ventajas reconocidas en acuerdos internacionales y la coexistencia pacífica. Para uno de los principales líderes africanos que asistió, Léopold Sédar Senghor, «Bandung expresa a escala del planeta la toma de conciencia y la dignidad de los pueblos de color».

Esta toma de conciencia de ser «diferentes» en un mundo controlado por las dos superpotencias los obligó a institucionalizar esta iniciativa para convertirse en un actor internacional. De este proceso nacerá el Movimiento de los No Alineados, fundado en Belgrado en 1961 por 28 estados para preservar la independencia de los países miembros en relación con las dos superpotencias. No todos los miembros eran países del Tercer Mundo, pero sí la mayoría. En esa reunión quedó de manifiesto que no deseaban ser un actor pasivo del sistema internacional, sino que querían adoptar una posición independiente y fuerte con el fin de defender sus intereses a nivel internacional y reducir su condición de países subdesarrollados y dependientes. Se apoyaron los procesos de autodeterminación, la no adhesión a los pactos y bloques militares, el fortalecimiento de la ONU y la reestructuración del sistema económico internacional.



Mapa de los países no alineados (en negro) y de los observadores (en gris marengo).

El Movimiento de Países No Alineados siguió activo a lo largo de toda la Guerra Fría, pues tras la primera reunión se convocó una segunda en 1964 en la que ya participaron 47 estados y así hasta la última celebrada en Isla Margarita (Venezuela) en 2016 en la que concurrieron 120 estados y otros quince observadores entre estados y organizaciones internacionales.

Bombas, espías y satélites: unos actores muy particulares

La Guerra Fría fue, entre otras cosas, una competición tecnológica, que tuvo su nacimiento en un arsenal militar creciente de destrucción mutua y asegurada. Los estrategas estadounidenses y soviéticos planificaron escenarios de guerras «limitadas» en las cuales podían morir decenas de miles de personas. Desde el mismo origen de este peculiar conflicto, el uso de la fuerza armada como un instrumento resolutivo y demostrativo de lo que se denominó el «poder duro» fue una constante. Esta utilización del «poder duro» se convirtió en un componente clave de la competencia entre las dos superpotencias, los dos bloques de estados y las dos grandes alianzas, OTAN y Pacto de Varsovia. Un experto en armamento estadounidense, Bernard Brodie, señaló en 1946 una frase que resume muy bien esta idea: «Hasta el momento, el objetivo de los aparatos militares ha sido el de ganar guerras. En lo sucesivo será el de evitarlas».

Ciencia, guerra y vida cotidiana

El período que se inicia en 1947 y llega hasta la actualidad es considerado por todos los especialistas como uno de los más violentos de la historia, tanto por el número de guerras que han estallado, siempre localizadas, como por el número de víctimas, especialmente civiles. La guerra, en definitiva, ha sido siempre vista como un factor muy negativo por la sociedad y de hecho hoy se prefiere hablar de «conflictos armados», «ministerios de defensa» o «seguridad colectiva», en vez de hacer referencia directa al conflicto

bélico.

No obstante, durante los años de la Guerra Fría, aunque no solo, la relación entre guerra/industria militar y ciencia se convirtió en esencial; por poner un ejemplo, en Estados Unidos desde 1960 y hasta bien entrada dicha década, el 60% de los ingenieros aeronáuticos y el 35% de los ingenieros electrónicos estadounidenses trabajaban para el Departamento de Defensa. De tal forma que esa investigación para la guerra provocó cambios sustanciales en la evolución de esta, pero también tuvo, y tiene, una gran aplicación en la vida civil.

Ensayo nuclear en Nevada, Estados Unidos, con una prueba de cañón atómico en 1953.

Varios ejemplos lo pueden ilustrar: en 1945 con el desarrollo de la bomba atómica, la energía nuclear se comenzó a emplear para usos civiles; en 1946 se crearon las primeras calculadoras para cálculos

balísticos, que pronto se aplicaron a la informática también; en 1960 se inventó el rayo láser, utilizado después en cirugía, comunicaciones, etc.; en 1965 se inventó el Kevlar, un tejido para chalecos antibalas, utilizado después en paracaídas, veleros, etc.; y quizás el más revolucionario, internet, creado en Estados Unidos a comienzos de la década de 1960 gracias a la financiación del Pentágono, tras lo cual en 1969 se ideó el primer nodo de la red ARPANET. En 1971, a través del Proyecto Gutenberg se comenzaron a difundir textos electrónicos y en 1972, el primer programa de correo electrónico. La historia continúa hasta la actualidad…

La primera consecuencia de esta situación la encontramos en el incremento de los gastos militares. Si en 1950 la cifra alcanzó los 100 000 millones de dólares, en 1970 eran ya 250 000 millones, en 1980 la suma era de 567 000 y en 1987, 866 000 millones. Los países que más gastaron fueron Estados Unidos y la Unión Soviética (cerca del 50% durante la Guerra Fría) y junto con ellos los estados integrantes en las dos alianzas militares (un 70% del total de gastos en el mundo). Sin embargo, y de forma progresiva, otros países se unieron a este club, como la República Popular China, la India o Pakistán, entre otros.

Estos gastos se dedicaban a la fabricación y compra de armas convencionales (pistolas, carros de combate, aviones, etc.), armas de destrucción masiva (armas químicas o biológicas) y armamento nuclear. Todo este negocio lo protagonizaron en gran parte las dos superpotencias, que emplearon a más de 500 000 científicos e investigadores según algunos estudios, pero progresivamente se unirían a ellos China, Francia y el Reino Unido: precisamente las cinco grandes potencias con poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. Fueron estas unas investigaciones que pronto tuvieron una vertiente positiva para las sociedades avanzadas, pues de inmediato los grandes avances en el campo de la defensa o de la investigación militar se pudieron aplicar a la vida civil.

Quizás, de todo este armamento, el mejor símbolo de la Guerra Fría

sean las armas nucleares de las cinco grandes potencias del Consejo de Seguridad, que durante mucho tiempo han sido oficialmente las únicas que disponían de ellas. Armas que siempre se utilizaron como elemento de disuasión y, por lo tanto, para no emplearlas nunca. En cuanto a su número, Estados Unidos pasó de tener 640 cabezas nucleares en 1951 a 31 700 en 1966 (cifra máxima), y 21 211 en 1991, año del final de la Guerra Fría. En ese mismo período, la Unión Soviética disponía en 1951 de 25 cabezas nucleares, 7089 en 1966, en 1986 40 723 (cifra máxima) y 28 595 en 1991. El Reino Unido comenzó esta carrera en 1956 con 15 cabezas nucleares, unas 270 en 1966, 350 en 1981 y 300 en 1991. Francia se unirá al club nuclear en 1966 con 36 cabezas nucleares, y 540 en 1991 (su cifra máxima). Por último, la República Popular China se subió al carro de este proceso en 1966 con 20 cabezas nucleares, 330 en 1981 y la cifra máxima en 1991 con 435.

Todo este armamento nuclear debía experimentarse. Así, los primeros ensayos se desarrollaron en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial —a los que se habría de unir la única explosión sobre ciudades y personas en Hiroshima y Nagasaki, aunque esta no podría calificarse estrictamente como ensayo—, y se fueron repitiendo a lo largo del tiempo tanto en tierra como en el mar y el espacio. Ello provocó importantes reacciones en contra de esta proliferación nuclear, como las protagonizadas desde 1957 por un grupo de intelectuales, con Bertrand Russell a la cabeza, que crearon movimientos como la «Campaña para el desarme nuclear» o movimientos antinucleares, especialmente desde 1968.

Los gobiernos de las dos superpotencias trataron de responder a estos movimientos y a los temores que se pudieron apreciar en las sociedades, ante el miedo a una guerra nuclear de consecuencias inimaginables. Por un lado, impulsaron la desnuclearización de algunas partes del globo, con el apoyo de la ONU, como la Antártida, América Latina, la Luna y el espacio orbital, el fondo de los mares y océanos y el Pacífico. En segundo lugar, desde 1963, instalaron un «teléfono rojo», que ponía en comunicación inmediata a los líderes de las dos superpotencias ante cualquier amenaza nuclear. En tercer lugar, y con el apoyo de un número creciente de estados y de la propia ONU, se firmará en 1968 el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) para «verificar que los estados

nucleares se comprometen a no transferir armas atómicas a los estados no nucleares» (en 1995 lo firmarán 170 estados). Por último, y a nivel bilateral, se establecerán acuerdos de limitación del armamento nuclear como el Acuerdo SALT 1 (Strategic Arms Limitation Talks), firmado en 1972, el Acuerdo SALT 2, que fijaba para 1979 una limitación de 2400 sistemas de lanzamiento, y que no fue ratificado por el Congreso estadounidense o el Acuerdo START (Strategic Arms Reduction Talks), rubricado entre Bush y Gorbachov en julio de 1991, que contemplaba una reducción del número máximo de misiles intercontinentales y de los sistemas de lanzamiento en submarinos y bombarderos. Pero quizás lo más destacado fue el primer acuerdo de desarme nuclear de la historia, firmado entre las dos superpotencias en 1987 (Acuerdo INF), por el cual Reagan y Gorbachov aprobaban la eliminación de todos los misiles de alcance intermedio (entre 500 y 5000 kilómetros), con un recorte del 4% del armamento nuclear mundial.

El filósofo y matemático Bertrand Russell y su esposa Edith lideran una marcha antinuclear en Londres en 1961.

Propaganda, espionaje e información

En julio de 1950, un documento clave en la estrategia estadounidense en la Guerra Fría, la National Security Council Directive (NSCD), definía la propaganda como «todo esfuerzo o movimiento organizado para distribuir información o una doctrina particular, mediante noticias, opiniones o llamamientos, pensados para influir en el pensamiento y en las acciones de determinado grupo». De este modo, la propaganda se convertirá en protagonista destacada de este peculiar enfrentamiento entre dos sistemas ideológicos, políticos y culturales antagónicos, que muy pronto derivaría en acciones de información, espionaje y contrapropaganda para «ver, escuchar y actuar».

En Estados Unidos, la organización y creación de los primeros servicios de información, espionaje e inteligencia no se produjo hasta que no se definió la Doctrina de la Contención. En 1947 se promulgó la National Security Act, bajo la cual se creó un Departamento de Defensa, un Consejo Nacional de Seguridad y la Agencia Central de Inteligencia, más conocida por las siglas CIA, que pronto comenzó a integrar a antiguos miembros de la Oficina de Servicios Estratégicos (creada en 1941 y desaparecida en 1945) y a un grupo de la élite procedente de las familias más poderosas del país (los Mellon, Morgan o Vanderbilt).

La CIA desempeñó un papel crucial en la Guerra Fría como instrumento de la política exterior estadounidense para la defensa del «mundo libre» realizando acciones psicológicas encubiertas en apoyo a la política anticomunista, interviniendo en procesos electorales, cambios de gobierno o regímenes y, por encima de todo, con el fin de conocer y obtener información e intervenir en todo lo relacionado con la Unión Soviética. A través de sus espías o el reclutamiento de soviéticos y ciudadanos de la Europa socialista, la CIA tuvo un papel esencial a través de las tres técnicas comunes del espionaje: la infiltración, el soborno y el chantaje.

La Unión Soviética se había dotado desde 1917 de diversos instrumentos orientados a la información, a la propaganda y a los servicios de inteligencia, y su máxima representación era la Checa o Comisión Extraordinaria de todos los Rusos para Combatir la Contrarrevolución. Tras la Segunda Guerra Mundial, se creó el

Ministerio de Seguridad del Estado (MGB), en 1946, al que se unió el Ministerio del Interior bajo cuyo control se encontraba el gulag, todos los servicios de inteligencia y otros agentes. En 1954 apareció el KGB o Comité de Seguridad del Estado, que se convertiría en el órgano central de seguridad, espionaje y contraespionaje hasta su disolución en 1991. Se calcula que más de 750 000 personas trabajaban en este organismo en la década de 1950 para reducirse a unos 480 000 en la de 1980.

Las dos grandes superpotencias crearon todo un entramado de espías, organizaciones políticas, culturales, congresos, asociaciones de amistad, etc., a través de los cuales trataban de difundir los modelos de vida que defendían, la vida triste, deprimida y sin futuro de «los otros», así como la represión y falta de libertades que caracterizaban a las sociedades a ambos lados del telón de acero. Se utilizaron para todo ello a intelectuales, periodistas, profesores, investigadores, etc., que fueron empleados y financiados para que se convirtieran en portavoces y en propagandistas del mundo que representaban (Orwell, Malraux, Russell, Croce, Aron, Maritain, Koestler).

No obstante, quizás uno de los símbolos más representativos de la Guerra Fría sean los espías y los agentes secretos. Los primeros ejercían una actividad clara y directa, mientras que los agentes secretos tenían misiones y trabajos algo más ambiguos y difíciles de precisar. Ambos serán protagonistas en momentos clave de la Guerra Fría, algunos por convertirse en agentes del enemigo mientras ocupaban importantes cargos en las administraciones de su país, como el caso de Donald Maclean o Kim Philby, y otros por su calidad de dobles agentes. Muy pronto, otros países en ambos sistemas comenzaron a desarrollar también sus agencias de espionaje y seguridad.

La carrera hacia el espacio

La Guerra Fría, como hemos visto, es mucho más que un conflicto entre dos superpotencias: alcanza a todos los rincones de la Tierra, la mayor parte de los países se verán involucrados en él y millones de personas sufrieron sus consecuencias. Pero, lejos de contentarse

con ello, Moscú y Washington muy pronto decidieron ampliar esta peculiar guerra al espacio.

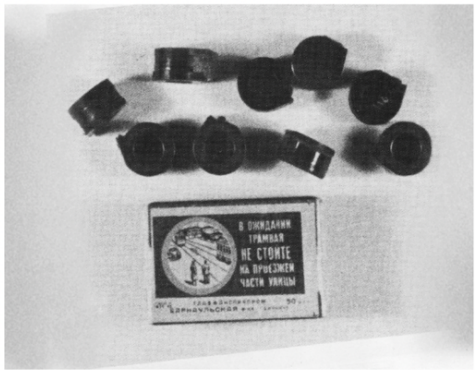
Los soviéticos dieron el pistoletazo de salida. Stalin, decidido a ganar al «enemigo imperialista» en cualquier campo, apostó por la investigación espacial y, aunque él no lo llegó a ver, ganó la primera batalla. El líder de esta actividad espacial, Serguei Korolev, preparó con su equipo de forma concienzuda el primer satélite artificial. En octubre de 1957, la Unión Soviética lanzó al espacio una minúscula nave denominada Sputnik que dio 1367 vueltas a la Tierra impulsada por un cohete militar R7 diseñado para lanzar bombas termonucleares. Cabe imaginarse la reacción de sorpresa y temor que causó en Estados Unidos, no solo por el hecho de que con este lanzamiento se demostraba la superioridad soviética en este campo, sino también por la amenaza que se sintió por el cohete que lo había lanzado al espacio, un misil de capacidad intercontinental.

Espías: de Mata Hari a Markus Wolf

Si hay una figura vinculada estrechamente al mundo de la Guerra Fría, esta es, sin duda, el espía, algunos de ellos inmortalizados en la literatura o en el cine. La información fue, y es, uno de los elementos más importantes para un Estado, tanto para su política interior como exterior. Además de la creación de instituciones propias como la CIA, el KGB o el M16, hay que contar con los hombres y las mujeres que por una u otra razón colaboraron con estas instituciones tanto dentro como fuera del país que los reclutaba.

Ya en la Primera Guerra Mundial, un personaje como Mata Hari adquirió notoriedad por su actuación como espía y su detención y fusilamiento posterior. No obstante, será durante la Guerra Fría cuando espías como Alger Hiss, Engelbert Broda, Kim Philby, Anthony Blunt, Oleg Penkovsky, Aldrich Hazen Ames, David Cornwell (seudónimo de John Le Carré) y otros protagonizaron

momentos decisivos en las relaciones soviético-estadounidenses.



A la izquierda, carretes de fotos más pequeños que una caja de cerillas incautados a Oleg Penkovsky, detenido por los soviéticos en 1962 y ejecutado en 1963 tras ser acusado de traición y espionaje, por proporcionar información militar rusa al Reino Unido y Estados Unidos. A la derecha, emblema de la Stasi.

Quizás uno de los más importantes —aunque poco conocido— en toda la Guerra Fría sea Markus Wolf, llamado en Occidente el «espía sin rostro», que desde la década de 1950 y durante 30 años asumió la jefatura de los servicios de espionaje de la antigua República Democrática Alemana (la Stasi), desde donde consiguió infiltrar a sus agentes en las más altas esferas políticas y empresariales de la Alemania Federal. Con ello provocó incluso la renuncia del canciller alemán Willy Brandt en el momento en el que se destapó la trama creada por Wolf en torno a la cancillería. El de los espías y agentes dobles ha sido y es un tema recurrente en el cine, la literatura y el periodismo.

Wolf en Berlín en 1989.

En la literatura, obras como las escritas por Ian Fleming Casino Royale, Graham Greene con El Tercer Hombre, John Le Carré con El espía que surgió del frío o El perfecto espía o Adam Hall con El

Memorándum de Berlín son representativas de este período y aconsejables de leer para comprender la realidad del espionaje desde 1947. Una de las películas más representativas y actuales sobre este tema es El puente de los espías, de Steven Spielberg del año 2015.

Los estadounidenses pronto reorganizaron sus programas espaciales, que hasta aquel momento se encontraban dispersos en departamentos ministeriales distintos, y crearon la NASA, en julio de 1958, todo ello impulsado por el presidente Eisenhower. Cuando se estaba en este proceso, la Unión Soviética puso en órbita el 3 de noviembre de ese año el Sputnik II, en el que viajaba el primer ser vivo, una perra de nombre Laika. Por su parte, los estadounidenses obtuvieron un triunfo inicial con la puesta en órbita de su primer satélite, el Explorer I, en febrero de 1958.

Los presupuestos dedicados a la investigación espacial aumentaron de forma creciente, así como los nuevos avances para superar al competidor, pero en esa carrera volvió a ganar Moscú. El 12 de abril de 1961, el ingeniero y comandante del Ejército soviético Yuri Gagarin despegó de la base de Balkonur a bordo de la nave espacial Vostok I. Con apenas veintisiete años se convirtió en el primer hombre que abandonó la Tierra, aunque solo fuera durante cuarenta y ocho minutos, dando una vuelta completa al planeta azul. En 1962 se lanzó la primera nave con dos tripulantes y en 1963, a la primera mujer, la soviética Valentina Tereshkova, que se convirtió en toda una heroína para su pueblo.

Estados Unidos, hasta este momento a remolque de los soviéticos, consiguió en 1962 lanzar una nave tripulada en la que viajaba John Glenn, el primer estadounidense en entrar en el espacio, y que dio tres vueltas completas a la Tierra. En 1965, la sonda Mariner 4 sobrevoló Marte y envió las primeras imágenes del planeta rojo. Y, finalmente, llegó el momento tanto tiempo esperado por los estadounidenses: el 20 de julio de 1969, Neil Armstrong se convirtió en el primer ser humano en pisar la Luna. El programa Apollo, el más costoso y controvertido en Estados Unidos, consiguió lo que el

presidente Kennedy había prometido a su pueblo: ser los primeros en llegar a la Luna. Tras haber alunizado el día anterior con la nave Apollo 11, Armstrong pisó la Luna a las 16:17 horas y pronunció la frase que ha pasado a la historia: «Es un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad». Sus compañeros de viaje, Michael Collins y Edwin E. Aldrin, contribuyeron a este gran éxito. Más de 500 millones de personas fueron testigos de la escena, retransmitida en directo, del que para muchos es uno de los grandes acontecimientos del siglo XX.

Los creadores del Explorer I muestran una maqueta del cohete un día antes de su lanzamiento en 1958.

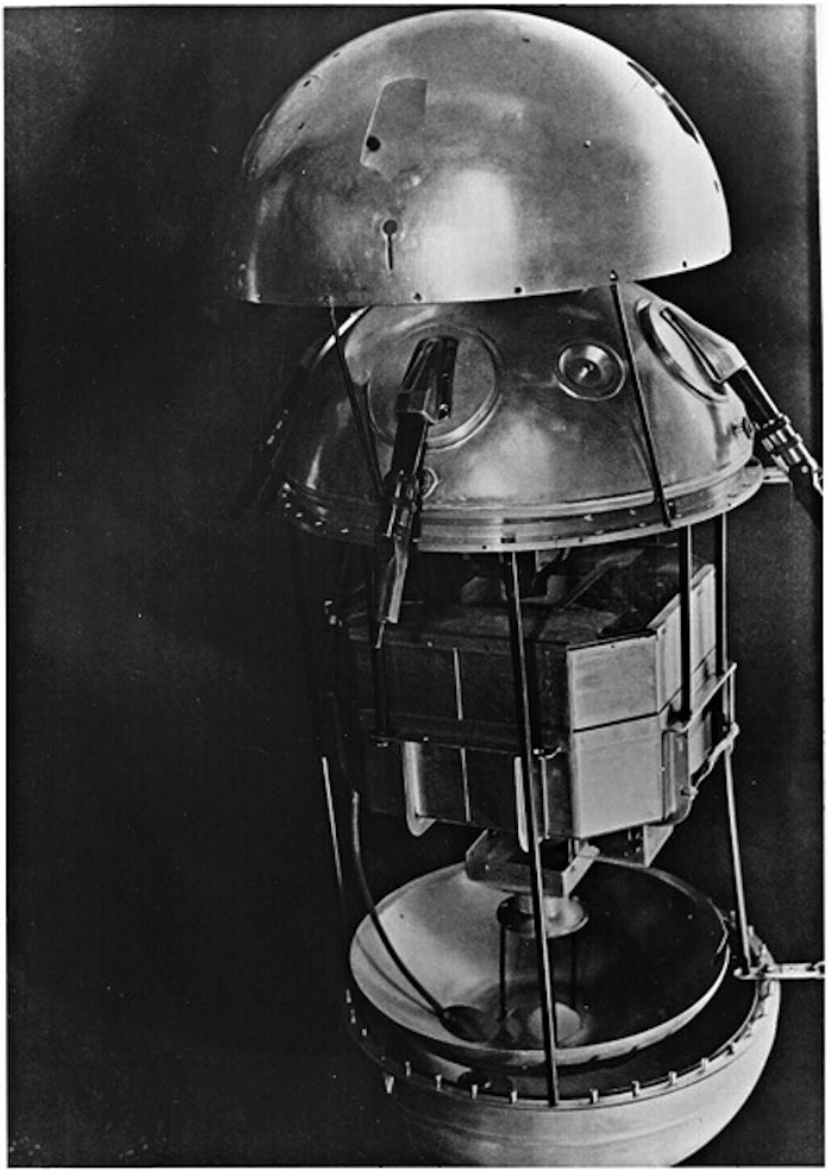
La carrera espacial no se detuvo, pues pronto ambas superpotencias prosiguieron con su competencia espacial, con éxitos y fracasos, y otros países se unieron a ellos, aunque de forma más modesta pero inmersos también en la necesidad de estar presentes en otro de los ámbitos de confrontación, conflicto y poder como fue el espacio.

■

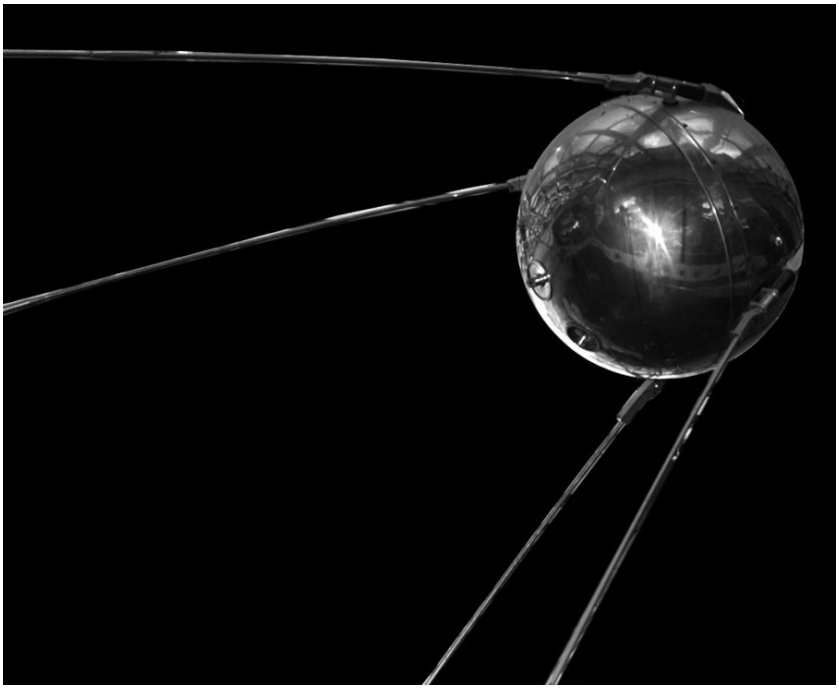
La sorpresa del Sputnik

El 4 de octubre de 1957, la URSS lanzó al espacio el primer satélite artificial del mundo, el Sputnik (‘camarada viajero’ en ruso). De tan solo 58 centímetros de diámetro y 48 kilos, comenzó a dar vueltas a la Tierra, una cada 96 minutos. La hazaña sorprendió al mundo y, especialmente, a los estadounidenses. En noviembre de aquel mismo año, la consternación aumentó cuando los soviéticos pusieron en órbita el Sputnik II, unas seis veces mayor que el anterior pero en el que además viajaba el primer ser vivo lanzado al espacio: la perra Laika. Se conoció posteriormente que sobrevivió tan solo cinco o seis horas, hasta que el satélite se incendió, lo que provocó movimientos de protesta en algunos países contra el maltrato animal.

Acuciados por este lanzamiento, Estados Unidos aceleró su programa espacial, lo que dio comienzo a una competencia feroz entre las dos superpotencias en su carrera hacia el espacio.



Modelo del Sputnik I desmontado.



Réplica del Sputnik I en órbita.

La evolución de la Guerra Fría

~ 1947-1989 ~

Guerra Fría y sistema internacional

La Guerra Fría, como hemos indicado, evolucionó en un período que abarca de 1947 a 1991, es decir, un total de cuarenta y cuatro años de conflictos, tensiones y enfrentamientos indirectos entre Estados Unidos y la Unión Soviética y los países que conformaban los dos bloques. A lo largo de esta época se observa una primera característica muy destacada: la ampliación del espacio geopolítico del conflicto.

Es indudable que la Guerra Fría se inició en Europa, en donde la cuestión alemana desempeñó un papel relevante. Desde este punto central del continente, ambas superpotencias fueron ampliando el espacio de su enfrentamiento, empezando con la diferencia entre aliados y enemigos, estableciendo zonas de influencia o «glacis de seguridad», intentando aumentar el número de países bajo su influencia y tratando de imponer sobre ellos sus valores y políticas, bien de forma negociada, bien forzada. En este juego de acción internacional, no había posibilidad de que un Estado se declarase neutral sin el consentimiento de las dos superpotencias. Progresivamente, el enfrentamiento se identificó con el sistema internacional global.

De esta forma, entre 1946 y 1949, Estados Unidos utilizó su estrategia y sus fuerzas armadas como instrumento político en quince ocasiones en Europa y el Mediterráneo. Entre 1949 y 1955, Asia entró en escena al ser víctima de trece intervenciones militares y otras seis en Europa y el Mediterráneo. Los años que van de 1956 a 1965 serán, sin duda, para ambas superpotencias los más intensos y en el caso de los estadounidenses su actuación ya se extendía mayoritariamente hacia Asia con treinta y dos intervenciones, dieciocho en Oriente Medio y África, y de forma muy destacada hacia América Latina, en donde se produjeron treinta y cinco operaciones de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Entre 1966 y los años setenta, las intervenciones se redujeron y fue Oriente

Medio el principal protagonista con quince actuaciones, seguido de nuevo por Asia. Ya en la etapa final, las operaciones se limitaron y se centraron en Oriente Medio y América Latina.

En el caso de la Unión Soviética, entre 1956 y 1965, Europa, con veinticuatro intervenciones de nuevo, y Oriente Medio y África constituirían las principales zonas de actuación. Para Moscú, el período entre 1966 y los años setenta fue el más intenso, pues las tropas soviéticas intervinieron en veintitrés ocasiones. En la última etapa de la Guerra Fría, la Unión Soviética se centró principalmente en Europa y Oriente Medio. Todas estas actuaciones, casi cuatrocientas en todo el período, nos muestran un panorama preciso y claro: la Guerra Fría se identifica con el sistema internacional global que se crea en el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Este panorama global se ve confirmado también por el número de guerras o conflictos armados que fueron estallando a lo largo de este período por el mundo, además de los que vamos a definir como conflictos-tipo. Entre 1945 y la década de los cincuenta se produjeron anualmente una docena de conflictos localizados, tanto nuevos como aquellos que se mantenían desde hacía un largo período. Algunos autores nos hablan de cerca de 195 conflictos en el período de la Guerra Fría y otros elevan la cifra a casi 240, con más de 50 millones de muertos, en su mayoría civiles. Es muy llamativo que el 90% de esas guerras o conflictos localizados se produjeran en los países en vías de desarrollo y en un 75% de los casos se trataban de guerras civiles o internas con influencia internacional.

Esta globalización de la violencia a nivel mundial también se podrá apreciar en las propias causas de los numerosos conflictos. No solo estallaban por la propia dinámica de la Guerra Fría y la intervención de las dos superpotencias, sino que las causas se multiplicaron. Tras todos estos enfrentamientos, se encontraba la imparable carrera de armamento convencional, las diferencias económicas entre un norte desarrollado e industrializado y un sur en vías de desarrollo y predominantemente agrícola; una lucha por el control y acceso de los recursos energéticos y las materias primas más esenciales; un control específico sobre el gas y el petróleo,

fuentes energéticas clave del mundo desarrollado; el agua y los recursos hidrográficos especialmente en donde son más escasos; los problemas fronterizos; los enfrentamientos étnicos o raciales; los problemas demográficos; la violación de los derechos humanos; los enfrentamientos religiosos; la existencia de un creciente número de estados fracasados y la irrupción del terrorismo y el narcoterrorismo. Como se puede apreciar, estas causas se presentan en continentes, regiones y naciones diferentes a lo largo y ancho del mundo.

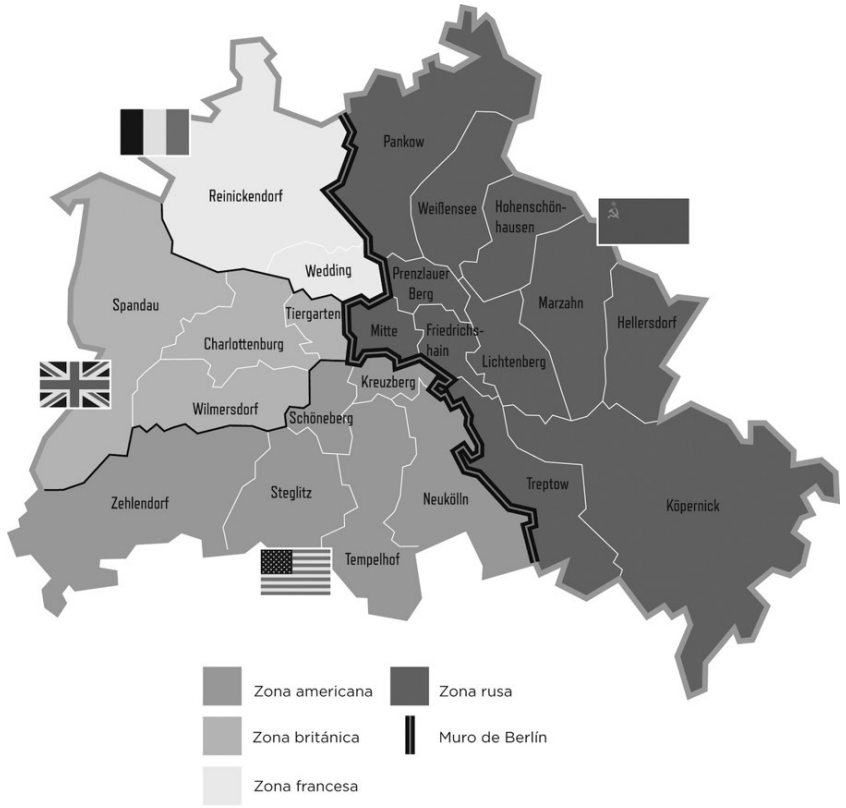
Ejemplos de esta diversidad de conflictos inmersos en la lógica del enfrentamiento y tensión Este/Oeste de la Guerra Fría hay muchos. Recordemos solo algunos de ellos: los conflictos entre India y Pakistán; la guerra entre Irak e Irán; las cinco guerras árabe-israelíes; el conflicto entre Ruanda y Burundi; la guerra civil en Etiopía; los conflictos en Guatemala, Perú o El Salvador, entre otros.

Los conflictos-tipo durante la Guerra Fría

Nada más empezar la Guerra Fría en Europa, en 1947, surgieron los dos primeros enfrentamientos localizados en Checoslovaquia y Berlín. Checoslovaquia fue el primer lugar en donde se pusieron de manifiesto algunos de los rasgos que iban a definir las políticas diferenciadas de las dos superpotencias desde ese momento. Allí, y de acuerdo con lo estipulado por los aliados en Yalta y Potsdam, el Ejército Rojo, una vez liberado el país del control nazi, debía entregar el poder político a los representantes del gobierno legítimo en el exilio. No obstante, la URSS había comenzado ya a sovietizar al pueblo checoslovaco a través del Partido Comunista que, además, fue la opción política más votada en las elecciones de 1946. Manteniendo los compromisos internacionales, se formó un gobierno de coalición, que poco a poco tuvo que hacer frente a protestas por parte de algunos sectores de la sociedad, en especial cuando se conoció que el gobierno había rechazado la ayuda del Plan Marshall. Ante la situación de tensión interna se puso en marcha una nueva política económica y social para «construir el socialismo», en palabras del máximo dirigente comunista, Klement Gottwald. En febrero de 1948, el Partido Comunista decidió tomar el control absoluto del país, para lo que eliminó cualquier elemento democrático: se producía, así, el «golpe de Estado checoeslovaco» con el apoyo de Moscú, lo que puso de manifiesto su intención de actuar libremente a partir de ese momento en su zona de influencia.

El segundo escenario lo encontramos en Berlín, capital de la antigua Alemania nazi. La «cuestión alemana» comenzaba a ser, y así lo será hasta 1990, el asunto de mayor tensión en toda Europa durante la Guerra Fría. Ocupada y dividida en cuatro sectores, al igual que Berlín, en Alemania existía el compromiso de actuar conjuntamente para afrontar la reconstrucción del país y establecer un nuevo sistema político. En los primeros meses de 1947, los síntomas de la tensión entre Moscú y Washington quedaron ya patentes en el fracaso de la conferencia convocada para abordar los temas

pendientes. Ante los problemas de abastecimiento y los provenientes de la actitud soviética, las tres potencias occidentales decidieron fusionar sus zonas: firmaron en junio de 1948 varios acuerdos que establecieron una moneda común y previeron la constitución de un solo Estado. Stalin reaccionó con contundencia ante esa decisión —«una violación de Potsdam», dirá— y como represalia decidió el 24 de junio iniciar un bloqueo a Berlín —aprovechando que la capital había quedado en el sector soviético de Alemania—, que durará hasta mayo de 1949. Estados Unidos, por su parte, emprendió una operación que sorprendió a Moscú: un puente aéreo para abastecer la parte occidental de la capital aprovechando los tres corredores aéreos que, según los acuerdos, la URSS estaba obligada a respetar. Los doscientos vuelos del primer día aumentaron a setecientos en septiembre, con lo que los estadounidenses pasaron de ocupantes a protectores y Stalin, ante el fracaso del bloqueo, anunció su fin después de poco más de un año.



Los cuatro sectores en que quedó dividida la ciudad de Berlín tras la Segunda Guerra Mundial.

Las consecuencias de este hecho fueron decisivas para el futuro. El 23 de mayo de 1949 se creaba la República Federal de Alemania, con su capital en Bonn, como país democrático, occidental, capitalista, federal y con un texto constitucional muy progresista para ese momento. Contó para ello con los dos grandes partidos, la democracia cristiana y el partido socialdemócrata y con un líder excepcional: Konrad Adenauer. Por su parte, los soviéticos aceleraron el proceso de sovietización de la parte alemana controlada por ellos y el 7 de octubre de 1949 proclamaban la República Democrática Alemana, cuya capital fue Berlín oriental. Con una constitución socialista y un modelo de planificación

centralizada, su primer líder será Wilhelm Pieck.

En definitiva, la Guerra Fría provocó la división de pueblos y estados en virtud de los intereses de las dos superpotencias, situación que iba a traspasar las fronteras de Europa y a convertirse en una realidad en otros continentes. Del mismo modo, todos los acontecimientos acaecidos en Alemania durante el último año convirtieron al país en una cuestión «delicada» y muy sensible para Moscú y Washington, así como para ambos bloques, hasta el final de la Guerra Fría. Otros conflictos, como la primera guerra árabe-israelí, tras la proclamación del Estado de Israel en 1948, ampliaron la agenda de problemas internacionales en esta nueva etapa de la historia.

Berlineses occidentales observan el aterrizaje de un C-54 cargado de provisiones en el aeropuerto de Tempelhof, en el Berlín Oeste, en

No obstante, Checoslovaquia y Berlín se convirtieron, si se quiere decir así, en conflictos menores en comparación con lo que iba a ocurrir a partir de 1950. La Guerra Fría se globalizará y estallarán con ello numerosos conflictos localizados. Aunque esta guerra nunca se convertirá en caliente, puesto que jamás se produjo un enfrentamiento directo entre ambas superpotencias, dada la capacidad destructiva y de disuasión que poseían, sí hubo cuatro conflictos-tipo que pudieron provocar lo que nadie quería: un conflicto directo y destructivo.

En cada uno de estos conflictos-tipo se repetirán las mismas fases. En una primera, la distensión, la moderación en el enfrentamiento, la disminución de los conflictos y la utilización de un lenguaje sereno y conciliador serán las notas dominantes. En un segundo momento irán apareciendo signos de tensión que se apreciarán, en primer lugar, en el lenguaje que utilizan los líderes y representantes políticos y militares de ambos bloques; a continuación, se incrementarán los conflictos localizados y los presupuestos militares e incluso se romperán negociaciones o acuerdos. La tensión culminará con el estallido de un conflicto-tipo, un momento de máximo enfrentamiento en el que se estará al borde del choque bélico o de la quiebra absoluta del sistema bipolar. Ante el peligro y la tensión, los dirigentes volverán al escenario de la distensión y la cooperación hasta que de nuevo se reinicien las fases anteriormente citadas.

Los escenarios fueron distintos. En primer lugar, Asia y de forma más concreta Corea, un nuevo país dividido en donde estalló el primer conflicto-tipo y una tensión que continúa hasta la actualidad. En segundo lugar, América Central, y de forma más concreta Cuba, una zona de vital importancia para Estados Unidos. Aunque el conflicto concreto se terminó, no así la tensión entre La Habana y Washington, que continúa hasta la actualidad, a pesar del cambio de política iniciada por el expresidente Obama. El tercero fue Vietnam —de nuevo Asia presente en la Guerra Fría y con otro país dividido y sujeto a la influencia de las dos superpotencias—. Por último, Afganistán, país fronterizo con la Unión Soviética y

objeto de una tensión propia de los primeros momentos de la Guerra Fría, cuya situación sigue siendo en la actualidad una de las más inestables del mundo. Cuatro conflictos, recordémoslo, de los cuales solo se ha cerrado uno, pues los otros tres siguen estando vigentes en los asuntos y preocupaciones internacionales.

La guerra de Corea

En el origen de este conflicto se encuentran las estrategias enfrentadas de la Unión Soviética y Estados Unidos en Asia. Por un lado, la estrategia soviética de extensión del comunismo en el mundo dio resultados muy esperanzadores al crearse la República Independiente Democrática de Vietnam en 1945, la República Democrática Popular de Corea en 1948 y la República Popular China en 1949. Frente a ella, la estrategia estadounidense se centró en la ocupación de Japón, en donde el general MacArthur actuó como un verdadero virrey, y en el establecimiento de un perímetro de seguridad que se extendió desde las Aleutianas hasta las Filipinas, estableciendo bases militares y organizaciones defensivas.

La partición de Corea en dos estados fue el resultado de la entrada en guerra, el 8 de agosto de 1945, de la Unión Soviética contra Japón. La división del país por el paralelo 38 quedó confirmada a pesar de los intentos de la ONU por evitarla. Se establecieron dos gobiernos: en el norte uno comunista prosoviético (dirigido por Kim Il Sung) y en el sur un gobierno prooccidental dirigido por Syngman Rhee. Ambos se sintieron, respectivamente, respaldados por la presencia del ejército soviético (hasta diciembre de 1948) y el ejército estadounidense (hasta julio de 1949).

A comienzos de 1950 empezaron a producirse una serie de incidentes fronterizos, que culminaron el 25 de junio con la invasión de Corea del Sur por el ejército norcoreano. El gobierno estadounidense comenzó a actuar de forma inmediata ante el peligro de un nuevo triunfo comunista en la zona. En primer lugar, adoptó una serie de medidas diplomáticas, a través de la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad de la ONU, aprovechando la ausencia del representante soviético; en las sesiones del 25 y 27 de junio se aprobaron dos resoluciones por las que se calificaba de agresión el ataque de los norcoreanos y en las que instaba a todos los estados pertenecientes a la ONU a apoyar a

Corea del Sur, para lo que se creó una fuerza multinacional cuyo contingente mayoritario sería el estadounidense. Por otro lado, el presidente Truman puso en marcha una serie de acciones militares desde el mismo momento de la ocupación, convertidas en intervención directa a partir del día 27, que estuvieron dirigidas por el general MacArthur.

Civiles huyendo de la guerra de Corea.

El 4 de octubre de 1950, la República Popular China anunció la intervención en el conflicto, su primera actuación exterior, y la Unión Soviética comenzó a intervenir en el Consejo de Seguridad para paralizar cualquier resolución en contra de sus intereses. La tensión se incrementó paulatinamente y el propio presidente Truman tuvo que destituir a MacArthur ante sus propuestas de bombardeos atómicos sobre Manchuria. El estancamiento del conflicto se produjo en torno al paralelo 38. Tras una larga guerra de desgaste, convertida también en un conflicto civil, se iniciaron las conversaciones de paz. El 27 de julio de 1953 se firmó el armisticio de Panmunjom, por el que se creaba un área de

seguridad de cuatro kilómetros en torno al paralelo 38, bajo la atenta mirada de una comisión de Naciones Unidas. La guerra dejó casi cuatro millones de muertos y heridos. Como dijo uno de los militares protagonistas: «No hay nada que celebrar. Es una guerra sin vencedores. Ambas partes han perdido».

Las consecuencias de este conflicto fueron muy importantes. La crisis propia de la Guerra Fría se transformó por primera vez en un enfrentamiento indirecto y armado entre las dos superpotencias, que ante la eventualidad de la extensión del conflicto y su transformación en una guerra mundial decidieron aislarlo y controlarlo directamente. La ONU fue utilizada por los estadounidenses y los países occidentales para cubrir bajo su bandera una intervención militar que a ellos les interesaba. Para Estados Unidos, la guerra supuso un aliento a su papel como guardián de «la libertad y la democracia» en el mundo, y especialmente en Asia, donde aumentaron sus intervenciones y presiones; los sentimientos anticomunistas, por otro lado, se incrementaron en su interior (expresados, sobre todo, a través de las actuaciones del senador McCarthy y su «caza de brujas») al mismo tiempo que lo hacían, gracias a la guerra, la producción y los beneficios de su industria militar. Para el bloque comunista significó una rotunda victoria, pues la Unión Soviética y la República Popular China incrementaron su presencia militar y política en la zona, acompañada de un aumento en los presupuestos militares que condujeron a los soviéticos a realizar su primera prueba con una bomba de hidrógeno (agosto de 1953), nueve meses después del primer ensayo estadounidense. El conflicto de Corea sigue abierto hasta la actualidad.

La crisis de los misiles en Cuba

Las consecuencias de la guerra de Corea se vieron acompañadas en la Unión Soviética del cambio de doctrina anunciado por el nuevo líder Nikita Kruschev, dentro del proceso desestalinizador iniciado en el XX Congreso del PCUS de febrero de 1956: la coexistencia pacífica, como fórmula para la convivencia entre los dos bloques. El viaje a Estados Unidos de Kruschev y su entrevista en Camp David con el presidente Eisenhower, en septiembre de 1959, la primera entre los líderes de las dos superpotencias, pareció significar el triunfo de la coexistencia pacífica. El llamado «espíritu de Camp David» abrió grandes esperanzas en el mundo con respecto a la sinceridad de las superpotencias en pro del desarme y la paz.

«Caza de Brujas»

Expresión que designa la persecución política realizada por la Administración de Estados Unidos contra los «comunistas» entre 1950 y 1953. Tras ser considerados como tales algunos funcionarios, miembros del Partido Demócrata, actores de Hollywood, intelectuales o periodistas, entre otros, fueron investigados tanto por el FBI como por el Comité de Actividades Comunistas, en el que se creó un subcomité en el Senado presidido por el senador McCarthy que comenzó una auténtica «caza de brujas» contra cualquier sospechoso de ser comunista.

Quizás los dos momentos clave fueron las actuaciones contra actores y actrices de Hollywood y la ejecución del matrimonio Rosenberg en 1953, acusados de facilitar documentación sobre la bomba atómica a la URSS. Entre los años 1953-1954, esta «caza»

disminuyó drásticamente aunque nunca desapareció durante la Guerra Fría.

La caza de brujas que llevó a cabo Joseph McCarthy creó diversas listas negras, entre ellas una llamada la lista de los Diez de Hollywood, en la que se encontraban actores y actrices, guionistas, productores y directores.

Cuando los síntomas de la coexistencia parecía que iban a ser perdurables, en 1956 estallaron dos conflictos simultáneamente que dieron paso a una nueva fase de tensión la cual culminó en 1962. Por un lado, el conflicto de Suez, motivado por la política de nacionalización del canal de Suez por parte del líder egipcio Nasser y su viraje en política exterior hacia Moscú; los británicos y franceses afectados por esta decisión comenzaron una intervención militar con el apoyo de Israel. En este caso, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética coincidieron en intervenir con el fin de paralizar la guerra y frenar a los europeos en su acción «autónoma». El escenario africano se incorporaba a la Guerra Fría.

Casi en paralelo, un país socialista, Hungría, comenzó a sufrir fuertes tensiones internas y manifestaciones, muchas de ellas en contra de la influencia soviética y de oposición al gobierno. Este, preocupado por la inestabilidad, pidió ayuda a Moscú y en octubre diez divisiones, con 5000 carros de combate y unos 150 000 soldados soviéticos, invadieron el país para aplastar la «sublevación de Budapest». A pesar de las protestas occidentales, la Unión Soviética reprimió con dureza esta insurrección, lo que provocó la huida de más de 200 000 personas, unas 22 000 detenidas y unas 330 ejecutadas, entre ellas el líder político que apoyó la sublevación, Imre Nagy.

Estos acontecimientos ponían de manifiesto que la coexistencia y la distensión habían sido una actitud coyuntural, pero que ambas superpotencias estaban dispuestas a cumplir las reglas establecidas desde 1947 en la Guerra Fría. Los discursos se fueron haciendo cada vez más duros y la tensión comenzó a manifestarse a través de nuevos incidentes, como el que estalló en 1960. La denuncia soviética sobre la violación del espacio aéreo de su territorio, por un avión espía estadounidense que había sido derribado —el llamado incidente del U-2—, incrementó la tensión y condujo al fracaso de algunos procesos de negociación abiertos.

Un U-2, el avión espía utilizado por Estados Unidos, en vuelo.

Es en este contexto cuando estalló el segundo conflicto-tipo: la crisis de los misiles en Cuba. Este arranca del triunfo revolucionario de Fidel Castro en Cuba sobre el régimen dictatorial de Batista en 1959. El resultado fue la implantación de una dictadura marxista-leninista a tan solo 150 kilómetros de Estados Unidos. Desde ese momento, las relaciones entre Washington y La Habana se deterioraron rápidamente. El triunfo electoral del demócrata John F. Kennedy, que se presentó ante el electorado con el programa de la «Nueva Frontera» y su nueva política hacia América Latina, que recogió en la llamada «Alianza para el Progreso», no impidió que el presidente aprobara una operación organizada por la anterior Administración republicana: el llamado desembarco en Bahía de Cochinos, en abril de 1961, por un grupo de exiliados cubanos armados por Estados Unidos. El fracaso de esta operación hizo aumentar el cerco estadounidense sobre la isla caribeña, con lo que la tensión se agudizó.

J. F. Kennedy

El presidente número 35 de Estados Unidos nació en 1917 en Massachusetts. Procedente de una acaudalada familia de políticos católicos de origen irlandés, estudió en Harvard y en Londres. Participó en la Segunda Guerra Mundial y posteriormente se afilió al Partido Demócrata. En 1952 fue elegido senador y gracias a su popularidad se convirtió en candidato presidencial en las elecciones de 1960, que ganó. Se mantuvo en el cargo hasta que en noviembre de 1963 lo asesinaron en Dallas, un hecho que conmocionó al mundo y que aún hoy no está suficientemente aclarado.

Puso en marcha un nuevo programa político denominado la «Nueva Frontera» y una nueva política exterior muy centrada en la financiación de reformas para el desarrollo en América Latina que, sin embargo, se complicaría con la crisis de los misiles en Cuba y el

inicio de la guerra de Vietnam.

John Fitzgerald Kennedy en 1963.

Las presiones estadounidenses consiguieron que Cuba fuera expulsada de la Organización de Estados Americanos (enero de 1962), pero también que Fidel Castro buscara la ayuda de la Unión Soviética. Kruschev aprovechó esta situación para fortalecer su posición y la de su país en América Latina, área considerada por los estadounidenses como su prioritario glacis de seguridad. Entre julio y agosto de 1962, el número de barcos soviéticos con destino a Cuba, que oficialmente transportaban alimentos, maquinaria y armas convencionales, se incrementó ostensiblemente, algo que no era ajeno a los estadounidenses, que empezaron a preocuparse por la gran cantidad de ayuda que se estaba enviando. El gobierno de Estados Unidos utilizó los famosos aviones espía para saber cuál era la situación real. El 22 de octubre, el presidente Kennedy comunicó al país que tenía pruebas de la presencia en Cuba de misiles soviéticos que amenazaban directamente a Estados Unidos, por lo que anunciaba un bloqueo total a la isla, afirmando que se respondería ante cualquier amenaza directa a partir de ese momento.

Fidel Castro, en la Asamblea General de la ONU en 1960.

La tensión entre soviéticos y estadounidenses se trasladó a la ONU, desde donde se trató de mediar en el conflicto. El lenguaje utilizado por los máximos dirigentes, la movilización de los ejércitos, así como la reiterada amenaza de Kennedy de utilizar las armas, incluidas las nucleares, para hacer frente a cualquier agresión, provocaron que durante trece días el mundo se encontrara «al borde del abismo». El intercambio de mensajes entre Kennedy y Kruschev y la amenaza real del uso del armamento estadounidense percibido en Moscú supusieron que el 28 de octubre la Unión Soviética decidiera unilateralmente retirar de Cuba los treinta y seis misiles de corto e intermedio alcance que allí tenía instalados, «que ustedes llaman armas ofensivas». De esta manera se había evitado en el mundo una nueva guerra, en este caso entre las dos superpotencias y con las armas nucleares listas para ser utilizadas. El conflicto cubano tuvo una gran repercusión mundial y sus consecuencias perduraron durante mucho tiempo.

La construcción del Muro de Berlín

Los sobresaltos a nivel internacional durante la Guerra Fría, como se puede ver, eran continuos y algunos de resultados inciertos. En este caso, de nuevo, la cuestión alemana volvió a ser objeto de atención cuando en la noche del 12 al 13 de agosto de 1961, sin previo aviso, las autoridades germano-orientales comenzaron a construir en Berlín el llamado «Muro de Protección Antifascista». Desde esa fecha y hasta la inolvidable noche del 9 de noviembre de 1989, esta frontera artificial dividió al pueblo alemán y a Europa, y se convirtió en uno de los principales símbolos de la Guerra Fría.

La vida tras la construcción del Muro de Berlín

Tras la división de Alemania en dos estados en 1949, en la República Democrática Alemana, Berlín se convirtió en uno de los centros de tensión más importantes durante la Guerra Fría. Dividida en cuatro sectores —tres occidentales y uno soviético—, desde principios de los años cincuenta se permitía el paso controlado de los berlineses orientales hacia Berlín occidental atraídos por el alto nivel de vida y los artículos de consumo, frente a la poca y escasa diversidad de estos en la parte oriental. Ante la huida de muchos ciudadanos de Berlín oriental, las autoridades decidieron construir el muro en agosto de 1961, de casi 50 kilómetros en la ciudad, lo que provocó la separación de muchas familias y amigos.

El muro no impidió que se produjeran más de 5000 fugas con éxito, para las que se usaban desde ataúdes hasta globos, pero tampoco que casi 270 personas murieran y más de 3000 fueran arrestadas. Durante el primer mes desertaron 85 hombres de las fuerzas de

vigilancia, además de 400 civiles.

Desde junio de 1962 no se pudo entrar en la República Democrática Alemana desde Berlín Oeste, pero a partir de 1963 se permitió que más de 100 000 berlineses visitaran a sus parientes del lado Este por fin de año. Desde 1970 se redujeron los obstáculos y los berlineses orientales podían pasar a través del único paso en la Friedrichstrasse, y los occidentales establecieron tres pasos que denominaron Alfa, Bravo y Charlie.

El 9 de noviembre de 1989, las puertas del muro comenzaron a abrirse y miles de berlineses orientales cruzaron libremente al Berlín occidental: se produjeron numerosas escenas de alegría que todos los medios de comunicación reprodujeron inmediatamente.

El plan de construcción fue un verdadero secreto de Estado y el máximo dirigente del partido, Erich Honecker, lo consideró prioritario y de máxima urgencia. Entre 1949 y 1961, unos tres millones de alemanes orientales habían huido del país y cada vez era más difícil controlar a los casi 50 000 trabajadores de Berlín oriental que se desplazaban diariamente a trabajar a Berlín occidental, más los ciudadanos de otros países de la Europa socialista que utilizaban Berlín para desplazarse al que ellos consideraban como el «mundo libre».

Trabajadores de Alemania Oriental realizan obras de reforzamiento del muro cerca de la Puerta de Brandeburgo en 1961.

El muro se construyó lo más rápido que se pudo y se extendió a lo largo de 156 kilómetros, de los cuales 45 pasaban por la propia ciudad de Berlín. Su estructura lo formaban 41,9 kilómetros de muro de una altura de 3,6 metros, más otros muros prefabricados, alambre de espino, etc. Con 302 torres de vigilancia, 31 puestos de control, 22 búnkeres y 600 perros guardianes, parecía una fortaleza inexpugnable. Sin duda, los intentos de huida y los muertos que cayeron bajo las balas de los soldados y policías lo convirtieron en uno de los símbolos más tristes y de mayor impacto en Europa.

Las reacciones occidentales no se hicieron esperar, especialmente por parte de Estados Unidos, cuyo presidente, Kennedy, envió más militares a Berlín occidental y declaró a este «un Estado libre». Los dirigentes de las dos Alemanias trataron de rebajar la tensión ante la posibilidad de una confrontación militar: «Si vuestras tropas (las estadounidenses) intentan llegar a Berlín, nosotros nos opondremos con la fuerza», aseguró Kruschev. El 27 de octubre se produjo uno de los peores incidentes entre las tropas soviéticas y

estadounidenses en el famoso Checkpoint Charlie de la Friedrichstrasse, cuando diez carros de combate de cada país se instalaron en la línea fronteriza, aunque al día siguiente fueron retirados. A pesar de que situaciones de tensión parecidas se repetirían posteriormente, ninguna de las dos superpotencias llegó realmente a pensar que el muro podría ser la causa de una confrontación directa, pues, como dijo Kennedy, la construcción de este fue «una solución poco elegante, aunque mil veces preferible a la guerra».

La guerra de Vietnam

Para algunos autores, como hemos visto anteriormente, la Guerra Fría terminó con la crisis de los misiles, y se abrió el camino de la coexistencia pacífica y de la negociación, cuyo símbolo más preciso pudo ser la creación del famoso teléfono rojo de comunicación entre Moscú y Washington. No obstante, se puede afirmar que a pesar de la aparición de signos alentadores de «coexistencia», ya fuera en forma de tratados —como el firmado el 1 de julio de 1968, el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares— o por medio de encuentros multilaterales —como el iniciado entre finales de 1972 y comienzos de 1973 en Helsinki, que culminó con la Conferencia de Cooperación y Seguridad Europea (CSCE) de 1975—, el enfrentamiento bipolar propio de la Guerra Fría durante este período no desapareció. Los conflictos localizados, en perfecto paralelo con el proceso de mundialización de la Guerra Fría, aumentaron, lo que reafirmó el protagonismo de la guerra desde 1947 en el nuevo sistema internacional.

La guerra de los Seis Días, iniciada en junio de 1967, entre Egipto, Siria y Jordania contra Israel, así como la que comenzó el 6 de octubre de 1973 —guerra del Yom Kipur— llevaron de nuevo a Oriente Medio a la primera plana de los periódicos. La subida de los precios del petróleo decidida por los países árabes pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), como consecuencia de este último conflicto, provocó la primera crisis económica mundial del sistema capitalista desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Por su parte, la invasión de Checoslovaquia por parte de la Unión Soviética y los países del Pacto de Varsovia, para acabar con la llamada «primavera de Praga» en agosto de 1968, puso a prueba las relaciones entre Moscú y Washington. Las políticas liberalizadoras llevadas a cabo por el líder checo Alexander Dubček, apoyadas por gran parte de la sociedad, fueron vistas como una amenaza por el

máximo líder soviético Leonid Breznev. De nuevo, con el uso de la fuerza se impuso el sistema socialista y el control sobre el bloque europeo oriental. La «doctrina Breznev» se convirtió desde ese momento en máxima para la política exterior soviética. Sin embargo, no todo el bloque socialista apoyó esta decisión, pues Albania se retiró del Pacto de Varsovia y rompió con Moscú apostando por el apoyo de la República Popular China, y las disidencias entre los partidos comunistas de Europa occidental por esa política represora e intervencionista produjeron también las primeras rupturas con Moscú.

Asia, desde comienzos de la década de 1960, volvió a adquirir un creciente protagonismo en el sistema internacional. De forma más concreta, la antigua colonia de Indochina, desde la derrota francesa de Dien-Bien-Phu en 1954, se dividió en su parte oriental, y de forma provisional, en dos territorios separados por el paralelo 17. Los Acuerdos de Ginebra no fueron aceptados por las partes negociadoras y la zona terminó por dividirse políticamente (el norte, liderado por el líder marxista Ho Chi Minh, y el sur, dirigido por el dictador Ngo Dinh Diem). Ante el vacío dejado por los franceses, el gobierno estadounidense decidió intervenir tanto por razones estratégicas como por el deseo de aprovecharse de las riquezas mineras vietnamitas.

Bajo la presidencia de Kennedy, el número de «consejeros» que asesoraban a los dirigentes sudvietnamitas se incrementó notablemente, aunque la Administración estadounidense se resistió al envío de fuerzas armadas. Al mismo tiempo, la guerrilla comunista del Vietcong incrementaba su fuerza desde 1961 al contar con armamento proporcionado por los países socialistas. Abandonado por los estadounidenses, el dictador Diem fue derrocado por un golpe militar en noviembre de 1963, con lo que se abrió un peligroso período de inestabilidad y un vacío de poder que Estados Unidos, tras el asesinato de Kennedy, decidió cubrir con la intervención militar directa.

L. I. Breznev

Leonid Breznev fue líder de la URSS entre 1964 y 1982, en sustitución de Kruschev, que fue destituido por sus fracasos en diversos ámbitos. Ingeniero industrial, en 1931 ingresó en el PCUS y participó en la Segunda Guerra Mundial. Con Kruschev ascendió rápidamente en el partido y en 1970 fue nombrado presidente del Presidium del Sóviet Supremo. Desde 1964 acumuló los principales poderes del país, volviendo al centralismo político y la planificación estatal.

En el ámbito socialista se le identifica con la «doctrina Breznev» o de soberanía limitada de los estados del bloque socialista, a los que no se les permitía tomar decisiones unilaterales so pena de ser invadidos, como había sucedido en el caso de Checoslovaquia en 1968.

Leonid Breznev durante el Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania en 1967.

Llegó a acuerdos de limitación de armamentos con Estados Unidos y en 1979 aprobó la invasión de Afganistán, cuyas consecuencias pronto se apreciarían tanto en la Unión Soviética como en las relaciones con Estados Unidos y los países occidentales.

El número de soldados estadounidenses se fue incrementando paulatinamente. De los 165 000 en 1965 se llegó a más de medio millón en 1968, a los que había que sumar los 600 000 hombres del ejército gubernamental del Sur. La escalada de violencia fue constante y el uso de armas químicas y napalm (solo en 1972 se arrojaron 218 591 toneladas de bombas) sobre los 250 000 hombres del Vietcong y, especialmente, sobre la población civil, marcaron el desarrollo de esta guerra abierta. Desde mediados de 1968, las protestas en contra de la intervención estadounidense, tanto en el interior de Estados Unidos como en el mundo en general, se incrementaron notablemente. Las dificultades para vencer a las fuerzas norvietnamitas eran cada vez mayores, a lo que se añadió la extensión del conflicto a Laos y Camboya; la teoría del dominó se podía poner en marcha. Era necesaria una nueva estrategia.

Primero Johnson y luego Nixon impulsaron la firma de un acuerdo de alto el fuego que llegaría el 27 de enero de 1973, tras intensos bombardeos aéreos estadounidenses. El 2 de marzo se complementó con otro acuerdo por el que se preveía la unificación de los dos territorios. Tras la retirada de las tropas estadounidenses, la guerra continuó hasta abril de 1975, cuando Saigón cayó y Vietnam del Sur fue derrotado definitivamente por el ejército de la República Democrática de Vietnam. La guerra de Vietnam dejó un balance terrorífico de dos millones de muertos, entre ellos 56 869 estadounidenses, y más de tres millones de heridos, especialmente población civil vietnamita.

Varios cuerpos de soldados del Vietcong yacen a la vista de la población civil que intenta huir de Saigón en mayo de 1968.

El conflicto vietnamita, mezcla de guerra colonial y enfrentamiento propio de la Guerra Fría, supuso para los estadounidenses una derrota militar en toda regla, a pesar de la poderosa maquinaria armamentística que poseía. El «síndrome de Vietnam» marcará a toda una generación y a sus familias, que aún recuerdan las muertes y consecuencias de este conflicto. Por su parte, el bloque comunista salió fortalecido con la integración en su seno de un nuevo miembro en un área de influencia de gran valor estratégico. En 1978 se firmaba un Tratado de Amistad y Cooperación, de veinte años de duración, entre la República Socialista de Vietnam, proclamada en abril de 1976, y la Unión Soviética.

La guerra de Afganistán

El último período de la Guerra Fría estuvo fuertemente condicionado por las crisis petrolíferas de 1973 y 1979, el desorden monetario y la inestabilidad económica, más la multiplicación de conflictos regionales. A ello se sumará la debilidad de la posición exterior de Estados Unidos durante la presidencia de Jimmy Carter, unida a fracasos tan contundentes como los producidos en Nicaragua o la toma de rehenes estadounidenses en su embajada de Teherán. El triunfo electoral del republicano Ronald Reagan, de un antisovietismo militante y con el objetivo de reafirmar, nuevamente, el liderazgo internacional estadounidense, precipitó el camino hacia una dura confrontación, que para algunos autores significó el inicio de una Segunda Guerra Fría.

Frente a los estadounidenses, la Unión Soviética —que durante ese período conoció tres secretarios generales del PCUS— aprovechará esa debilidad estadounidense para ampliar sus zonas de influencia, en especial sobre el Tercer Mundo. En marzo de 1985, Mijaíl Gorbachov fue elegido nuevo líder de la Unión Soviética. Como veremos en el capítulo siguiente, la crisis interna y las consecuencias de la política armamentística impuesta por Reagan y su «guerra de las galaxias», le obligaron a buscar una respuesta: la Perestroika y la Glasnost. La elaboración de lo que se denominó «Nuevo Pensamiento» en política exterior, en el que se incluían aspectos tales como el final de la tesis de la lucha de clases, la desideologización de la política exterior, la importancia de la defensa de los valores humanos en la sociedad internacional, el desarme o la preocupación por los problemas medioambientales, influyó notablemente en el final de la Guerra Fría.

A pesar de esos objetivos, el líder soviético heredó un conflicto que iba a tener consecuencias muy negativas para la URSS: Afganistán. Un país inestable, creado artificialmente y con una geografía muy complicada. En 1973, se había destituido al monarca e instaurado

una República nacionalista y de partido único. En 1978, un golpe de Estado prosoviético terminó con ese régimen y proclamó una República Democrática de corte comunista. Las luchas internas y la inestabilidad de un país fronterizo con la Unión Soviética impulsaron a Leonid Breznev a decidir la intervención militar, la primera fuera del sistema socialista, en diciembre de 1979, lo que provocó una modificación en el equilibrio regional.

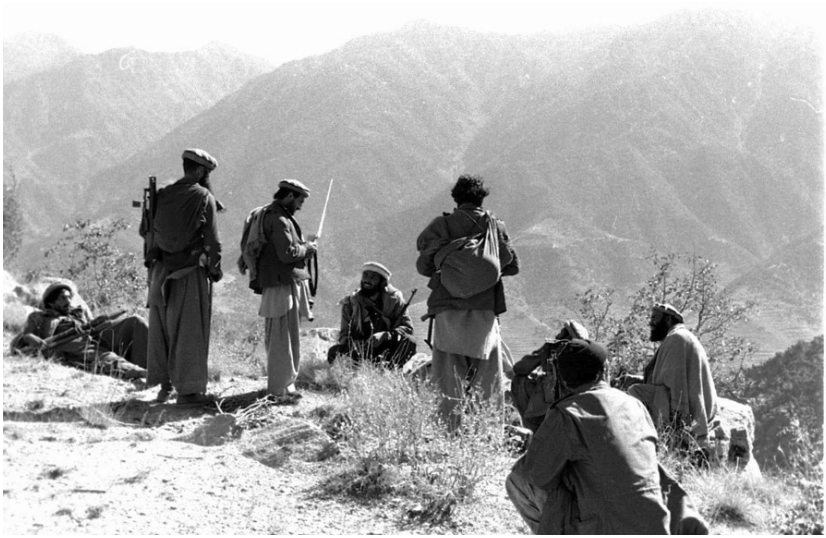
«Talibán»

Talibán es el plural de la palabra persa telebeh, que puede traducirse como 'buscador de la verdad'. Los talibanes surgieron en septiembre de 1994 en las escuelas coránicas (madrasas) de Kandahar, en Afganistán, y Queta, Karachi y Lahore, en Pakistán. Esta milicia estaba formada por jóvenes de etnia pastún y religión sunní, que eran mayoritarias en Afganistán. Apoyados por los servicios secretos de Pakistán, se lanzaron a una guerra santa para poner fin al caos en el que había quedado el país tras la retirada soviética. Respaldados económica y políticamente por Pakistán, Arabia Saudí y Emiratos Árabes, fueron consiguiendo el amparo del pueblo, cansado tras quince años de guerra, y de los señores de la guerra locales. Lograron la conquista de la capital, Kabul, y posteriormente de la mayor parte del país (un 80%).

Una vez tomado el poder, y bajo el liderazgo del mulá Omar, impusieron un fundamentalismo radical: prohibición del derecho al trabajo y a la educación para las mujeres, el burka, la amputación de manos para delitos como el robo, la lapidación para los casos de adulterio y otras violaciones de los derechos humanos. En 1998, Estados Unidos retiró su apoyo a los talibanes después de que estos acogieran al saudí Bin Laden, sospechoso de terrorismo.

El conflicto afgano pronto se inscribió en la dinámica propia de la

tensión Este-Oeste, con un objetivo preciso: sostener al hombre fuerte del régimen comunista Babrak Karmal, cuyo poder se vio cuestionado por una insurrección popular. La presencia del Ejército Rojo permitió a los soviéticos tomar posiciones en la proximidad del océano Índico y el golfo Pérsico, y de forma secundaria prevenir posibles desestabilizaciones regionales fruto de una probable intervención estadounidense en Irán. Pronto, los opositores al gobierno afgano y a los soviéticos comenzaron a recibir ayuda de Pakistán, países árabes y Estados Unidos. Los así llamados muyahidines, grupos fundamentalistas musulmanes, se irán fortaleciendo de forma creciente con el apoyo occidental y de los países árabes.



Muyahidines en Afganistán en 1987.

El enfrentamiento militar que continuó hasta 1989 terminó, en una primera fase, con la decisión de Gorbachov de abandonar Afganistán desde mayo de 1988, aunque hasta febrero de 1989 no saldría el último soldado de un debilitado Ejército Rojo. Más de 620 000 soldados soviéticos pasaron por Afganistán, de ellos, según cálculos aproximados, más de 15 000 murieron. El balance oficial habla de un millón de muertos afganos, otro millón de heridos, a los

que se les unirán más de cinco millones de refugiados, en un país de apenas trece millones de habitantes.

El «síndrome de Afganistán» no dejó de estar presente desde ese momento en la Unión Soviética. Sumida en un conjunto de problemas internos, esta derrota vino a favorecer la crisis global del país. Afganistán, por otro lado, vivirá un nuevo enfrentamiento interno hasta que en 1992 el líder Mohammad Najibulla fue destituido y los muyahidines, que habían sido sustituidos en 1993 por los talibanes, consiguieron el poder y convirtieron el país en un Estado teocrático basado en la ley islámica.

El final de la Guerra Fría y sus consecuencias

~ 1989-1991 ~

Las superpotencias ante el final de la Guerra Fría: Estados Unidos

Muchas veces, la evolución histórica es más veloz de lo que se puede prever y en otras ocasiones más lenta de lo que quisiéramos. Esto último es lo que le ocurrió al cuadragésimo presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, quien en 1980 ganó las elecciones y cuatro años más tarde fue reelegido. Durante su mandato puso en marcha una política económica neoliberal, con recortes en gastos sociales, y una política exterior militarista y muy agresiva contra la Unión Soviética, lo que para algunos autores impulsó el inicio de una Segunda Guerra Fría. Obsesionado con el comunismo, alentó medidas de todo tipo para poner fin al sistema socialista y a la propia Unión Soviética, para lo que contó con aliados como el papa Juan Pablo II, los países occidentales y grandes e importantes líderes económicos y empresariales. A pesar de su empeño, no pudo disfrutar de la victoria desde el sillón presidencial, pues fue a George H. W. Bush, su sucesor, al que le correspondió.

Es importante señalar que cuando George Bush ocupó la presidencia (1989), no existía en su equipo ninguna clase de sensación de que el final de la Guerra Fría pudiera estar tan próximo. El nuevo inquilino de la Casa Blanca, por más que estuviera respaldado por su trayectoria como hombre de negocios ligado al sector petrolífero y por una destacada hoja de servicios en cargos públicos —primero como congresista por Texas, posteriormente como embajador ante la ONU y máximo representante de la diplomacia estadounidense en China, y finalmente como máximo responsable de la CIA—, se alzó con la victoria en las elecciones de 1988, gracias al reconocimiento de gran parte del pueblo estadounidense hacia su predecesor.

Posiblemente mejor preparado para los complejos mecanismos del poder emanado de Washington, Bush carecía del carisma de un Reagan que había mantenido su popularidad en alza pese al escándalo del Irán-Contra o al agotamiento que empezaba a mostrar

el proyecto económico de su revolución conservadora. Durante la campaña electoral quedó patente que el futuro presidente, por más que se presentara como un hombre pragmático y capaz de adaptarse a diferentes situaciones, no era capaz de definir con claridad un diseño propio para la acción exterior de la superpotencia. Apostaba, pues, por la continuidad, en buena medida impuesta por el contexto heredado así como emanada de la forma de contemplar la realidad de su equipo de colaboradores, que descartaba la introducción de cambios abruptos y de gestos innecesarios.

El carácter del nuevo presidente republicano le impedía ser tan agresivo en las formas y contundente en sus decisiones como su antecesor. Por ello, tras jurar el cargo el 20 de enero de 1989, solicitó a sus asesores una revisión exhaustiva de las líneas maestras de la relación con la Unión Soviética. Algunos analistas interpretan este movimiento como un síntoma de que Bush, al igual que sus principales colaboradores, quería distanciarse de la política de distensión que había patrocinado Reagan en la última parte de su segundo mandato. Sostenían que este, con sus propuestas de control de armamento —que ciertas voces llegaron a calificar de abolicionismo nuclear—, había sobrepasado ciertas líneas rojas y que no era positivo para el país tener tanta confianza en la URSS. Cabe recordar, en este sentido, que Gorbachov no había tardado en solicitar a Washington valentía en sus decisiones y capacidad de mira a largo plazo. Sin negar que esta maniobra dilatoria llevó a un período de inacción a la espera de esa redefinición de la acción exterior, la cual no estuvo completa hasta meses más tarde con resultados poco relevantes, en la práctica se apostó por combinar dosis de viejas recetas como la contención, la disuasión o el realismo barnizadas ahora bajo una capa de pragmatismo y prudencia.

El problema es que los tiempos habían cambiado y no tardaron en aparecer críticas, tanto en Estados Unidos como en el seno de la OTAN, hacia una dinámica excesivamente timorata y poco flexible que no tardó en ser superada por las circunstancias. El audaz discurso de Gorbachov hacía que Bush apareciera aún más como un lastre frente a los supuestos avances que generaría una verdadera política de distensión. Ante esta pérdida de iniciativa, resultó lógico

que el presidente republicano tratase de granjearse ciertos apoyos realizando determinadas concesiones, incluyendo las que implicaban volver a conversar sobre la reducción de armamentos convencionales pero también nucleares dentro de la iniciativa START.

Sin embargo, esta sensación de ir a remolque, primero por el empuje del secretario general del PCUS, y a partir del verano de 1989 por las vertiginosas transformaciones de la Europa del Este y la progresiva metamorfosis del orden internacional, acabó por perseguir al presidente estadounidense durante el resto de su mandato, con lo que se convirtió en una de las señas de identidad de la Administración Bush. A medida que el control soviético de sus países satélites saltaba por los aires, Washington cultivó una relación cooperativa con Moscú aunque sin mostrar excesiva confianza en esta línea de actuación, esencialmente a causa del deseo de evitar abrir la puerta a posibles peligros de dimensiones desconocidas. Esta nueva actitud quedó patente en el tono de la primera cumbre bilateral al máximo nivel celebrada en Malta en diciembre de 1989, apenas un mes después de la caída del Muro de Berlín y donde se produjeron avances significativos en las negociaciones para la disminución de los contingentes armamentísticos, así como ciertas concesiones económicas por parte de Estados Unidos que no acabaron de concretarse.

Incluso a pesar de las presiones estadounidenses para que los soviéticos acabaran aceptando, meses después, una reunificación de Alemania en el marco de la OTAN, ambos líderes parecían convencidos de que ante la volatilidad de la situación era mejor no poner a la otra parte en grandes aprietos. Esta flexibilidad y el mayor concierto con Moscú —que no fueron óbice para que Washington mantuviera la prudencia ante las invitaciones de Gorbachov para rebajar la tensión en escenarios como Afganistán, Camboya o el Cuerno de África— también tuvieron un coste en la imagen exterior de Bush. No obstante, este paso en falso solo es un fiel reflejo del nerviosismo estadounidense al observar cómo los soviéticos se mostraban impotentes a la hora de encarar unos fantasmas domésticos que acabarían cobrando cuerpo en 1991.

Reagan y Gorbachov, junto a sus esposas, durante un encuentro en 1987, que tuvo lugar en la embajada soviética en Washington. Washington comenzó a cultivar una relación de cooperación con Moscú, pero sin generar una verdadera política de distensión.

La falta de capacidad de reacción de la Casa Blanca ante estos hechos y la tardanza en reconocer la independencia de las nuevas repúblicas del Báltico dejaban patente que el gigante americano prefería andar con pies de plomo y dar oxígeno a un Gorbachov en declive frente a un Yeltsin que nunca resultó fiable para la Administración Bush. Uno de los principales temores era que una Unión Soviética en descomposición pudiera facilitar la pérdida del control de los ingenios nucleares, contingencia que llevaría a un escenario de pesadilla. De ahí que, antes de que la disolución de la URSS fuera una realidad, Washington impulsara la detención de la carrera armamentística y una política de control que afectaba a todos los programas militares estadounidenses menos a la Iniciativa Estratégica de Defensa.

Mientras estos hechos ocurrían y en la Unión Soviética se estaba poniendo en marcha el proceso de liquidación del país, se produjo la invasión de Kuwait por parte de Irak en agosto de 1990,

considerada por muchos observadores como la primera gran crisis de la posguerra fría. Es incuestionable que el exceso de Saddam Hussein supuso la oportunidad perfecta para que los estadounidenses ensayasen una respuesta llamada a definir la resolución de los conflictos en el naciente Nuevo Orden Mundial. El régimen iraquí, que se había configurado al calor de los conflictos geoestratégicos de la Guerra Fría, pasó a convertirse en el enemigo a batir por parte de la superpotencia americana, si bien apostaban por el multilateralismo como estrategia operativa. Washington encontró así un casus belli propicio —las reservas petrolíferas de la zona no podían ser controladas por un déspota que una vez fue aliado del gobierno de los ayatolás— para demostrar su capacidad como líder indiscutible en el cambiante tablero internacional. En este contexto, tras maniobrar hábilmente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y contando con la aquiescencia de una Unión Soviética debilitada, impulsó la constitución de una gran coalición sin precedentes.

Esa coalición, comandada por los estadounidenses por intermediación del general Schwarzkopf, desencadenó una portentosa operación bajo el nombre clave de Tormenta del Desierto a comienzos de 1991 que, en escasos días, puso a Saddam contra las cuerdas. De nada sirvió su intención de romper la coalición buscando el conflicto con Israel o la quema de los pozos petrolíferos kuwaitíes, que sumaron miles de bajas diarias frente al escaso coste en vidas humanas de las fuerzas de la coalición. Aunque la actuación militar no fue tan quirúrgica como presentaron unos medios de comunicación que, con mayores o menores obstáculos, reinventaron el modo en el que se retransmitía un conflicto bélico, sí resultó tremendamente efectiva. La contundente victoria quedó empañada por la discutida decisión de no avanzar hasta la capital iraquí y derribar el régimen, opción desechada por la incertidumbre que suponía el consecuente proceso de transición. Esto significó dejar a merced de Saddam a los grupos opositores, que volvieron a sufrir una dura represión mientras el dictador hacía caso omiso a la comunidad internacional y asumía unas sanciones que únicamente empobrecían al país. La crisis del Golfo se cerró, pues, dejando incógnitas sin despejar, aunque fue un espaldarazo para que la Administración Bush buscara revitalizar el diálogo árabe-israelí, que tuvo en la Conferencia de Madrid de 1991 su

máximo exponente.

Las superpotencias ante el final de la Guerra Fría: la Unión Soviética

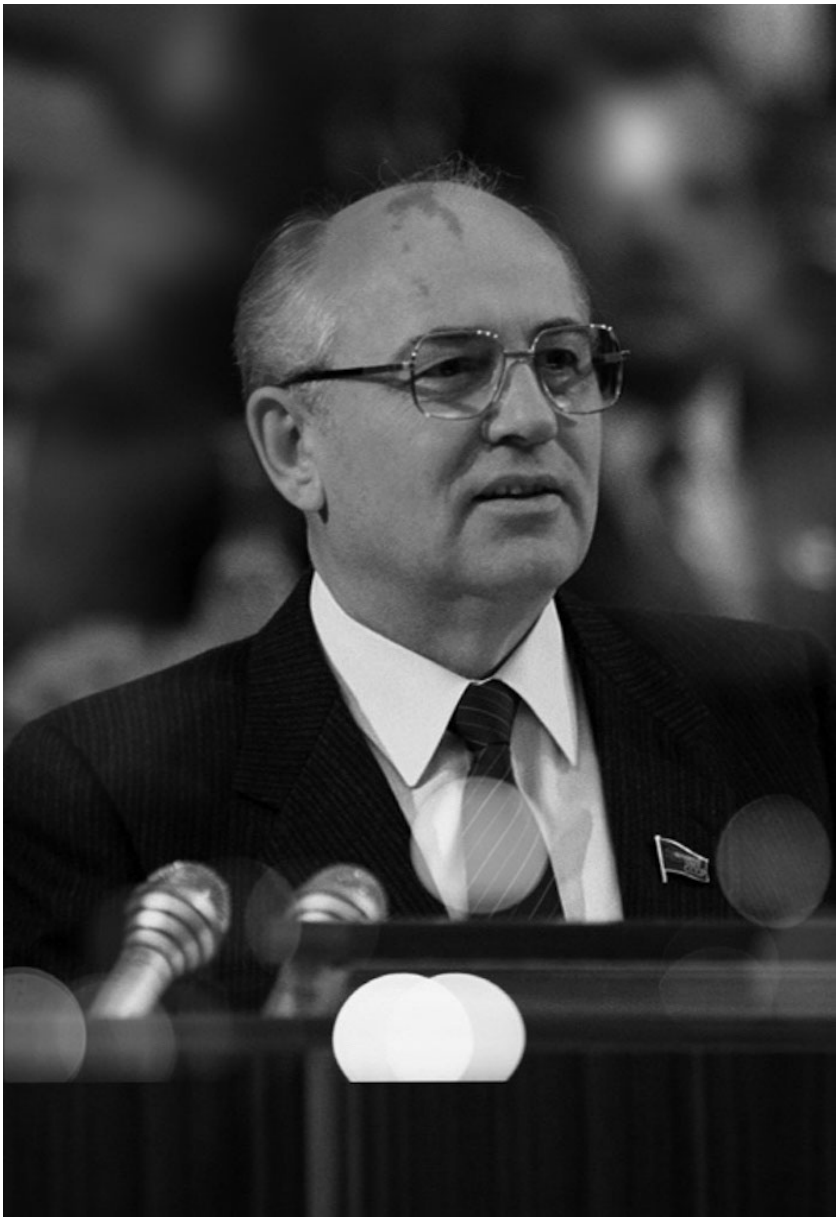
El 25 de diciembre de 1991, Mijaíl Gorbachov pronunció un discurso que comenzaba así: «Por la fuerza de la situación creada al ser fundada la Comunidad de Estados Independientes, concluyo mis actividades como presidente de la URSS». Sus palabras tenían un gran significado: terminaba no solo la historia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sino también la historia de la Guerra Fría y, por qué no, la historia del siglo XX. El final de la Guerra Fría y el colapso del socialismo real y del principal país que lo representaba, en definitiva, han generado multitud de interpretaciones, centradas en la búsqueda de explicaciones ante uno de los hechos que prácticamente nadie podía imaginar: la disolución de la Unión Soviética.

Uno de los primeros argumentos es que este fracaso y la desaparición del modelo socialista se debieron a la presión que Occidente ejerció sobre el sistema a partir de mediados de los años setenta y durante los ochenta, materializada en las políticas de la Segunda Guerra Fría. En primer lugar, la incidencia de la carrera de armamentos que de forma desigual afectó a las dos superpotencias, pues pese al liderazgo de Estados Unidos, la carga relativa asumida por este era significativamente menor: representaba entre un 5% y un 10% del PNB, mientras que para la Unión Soviética el gasto en armamento era de entre el 10% y el 20% en el mismo período. Todo ello forzó a la Unión Soviética a una retirada estratégica durante esta época.

Mijaíl Gorbachov

El exlíder soviético nació en la región de Stavropol, cerca del Cáucaso, en 1931. Estudió Derecho y se licenció en Agronomía. En 1971 fue designado miembro del Comité Central del PCUS y en 1978, ministro de Agricultura. En 1980 fue miembro del Politburó y secretario del Comité Central, y en 1984 comenzó a ejercer como el número dos del régimen soviético.

El 11 de marzo de 1985, el Comité Central del PCUS lo eligió como el nuevo líder tras la muerte de Chernenko. Al año siguiente puso en marcha la Perestroika y anunció nuevos cambios en la URSS y en su política exterior. En diciembre de 1987 firmó con el presidente estadounidense George H. W. Bush el primer acuerdo de desarme de armas nucleares, y en octubre del año siguiente se convirtió en jefe del Estado de la URSS.



Mijaíl Gorbachov en el Congreso de las Juventudes Comunistas de 1987.

En 1991 tuvo que hacer frente a un golpe de Estado de los antirreformistas comunistas y en diciembre del mismo año se inició el proceso de desmantelamiento de la URSS: dimite como presidente y anuncia el fin del Estado soviético. Se le concedió el Premio Nobel de la Paz en 1990.

■

A este respecto se han desarrollado varias argumentaciones: en primer lugar, el nivel de gastos en armamento y la canalización de recursos hacia el sector militar eran tales que la Unión Soviética no pudo seguir compitiendo y tuvo que reducir drásticamente su gasto militar para destinar recursos a la reorganización económica interna; en segundo término, desde el plano tecnológico, el continuado liderazgo de Estados Unidos, notoriamente evidente a principios de los ochenta en dos acontecimientos —la Iniciativa de Defensa Estratégica y la crisis de los euromisiles—, forzó al liderazgo soviético a entender que no podía seguir compitiendo; y por último, un planteamiento según el cual los peligros de la guerra nuclear y los costes que suponía obligaron al PCUS a abandonar la idea de que el mundo estaba dividido en dos campos, que la confrontación era innecesaria y que había que apostar por los valores humanos universales y los intereses comunes de la humanidad. Estos argumentos formaban parte del llamado «Nuevo pensamiento» en política exterior de Gorbachov.

Otro de los factores aducidos para explicar la debilidad de la potencia soviética fue el coste de apoyar a sus aliados del Tercer Mundo, tanto a nivel económico como militar. Numerosas razones respaldarían esta explicación: los propios autores soviéticos se quejaron abiertamente de ello y revirtieron el punto de vista de Kruschev, según el cual los movimientos de liberación nacional y los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo habían contribuido positivamente al poder de la Unión Soviética. Esta especie de «sobrecarga imperial» había contribuido al declive soviético y, para los planificadores estratégicos estadounidenses a principios de los ochenta, era el eslabón más débil del sistema enemigo, razón por la que desarrollaron la doctrina Reagan de apoyo a los movimientos guerrilleros anticomunistas.

«Perestroika»

Término ruso que significa ‘reestructuración’ y que con el de Glasnost o ‘transparencia’ definen los puntos centrales de la reforma que trató de impulsar Gorbachov desde su llegada al poder en marzo de 1985.

Para superar la crisis global de la URSS, comenzó por una liberalización parcial de la economía planificada, privatizando algunas actividades, descentralizando las decisiones, impulsando la iniciativa industrial y reduciendo la pesada burocracia. Con todo ello se pretendía mejorar el nivel de vida de los ciudadanos soviéticos y conseguir una mayor competitividad con las economías capitalistas. El programa provisto contó con muchos obstáculos y pronto tuvo que acompañar las reformas económicas de reformas políticas, con enmiendas constitucionales y asumiendo más poderes políticos como máximo líder. Nunca se consiguieron los resultados esperados y la crisis global se acentuó, lo que contribuyó al fracaso del modelo socialista de planificación y al final de la URSS en 1991.

Un segundo argumento del fracaso del modelo socialista está relacionado con los factores económicos y las relaciones económicas entre el Este y el Oeste. La discusión se centraba entre los que creían que unas mayores relaciones comerciales entre ambos aumentarían la seguridad de la Unión Soviética, por lo que se reducirían las áreas de conflicto entre esta y el Oeste, y quienes pensaban que con esas relaciones se alentaría el comportamiento combativo del enemigo. Si el primer punto de vista, que estaba basado en las teorías de la interdependencia, fue el dominante en los primeros años de la década de los setenta, el segundo prevaleció en el período de la Segunda Guerra Fría.

Según los datos disponibles, parece que tanto la interacción económica como las presiones de diverso tipo que se hicieron desde Occidente contribuyeron al colapso del sistema comunista, pero que el factor más importante no fue la vulnerabilidad del sistema, planificado centralmente con respecto a aquellas, sino su incapacidad de hacer uso de las ventajas que el comercio con el mundo capitalista acarreaba. En el caso concreto soviético, los datos indican que la interacción comercial directa con el mundo capitalista tuvo el efecto de reforzar el sistema existente a corto plazo. Lo más evidente resultó que el aumento del precio del petróleo en los años setenta generó a la Unión Soviética unos beneficios inesperados durante gran parte de la década y que las importaciones de trigo fueron un medio de compensar los fracasos en la agricultura. Pero las consecuencias a largo plazo no resultaron las esperadas, dado que permitieron que los planificadores centrales y los gestores soviéticos pospusieran las reformas necesarias para modernizar y hacer más competitiva la economía del país.

Gorbachov, durante una visita a la Alemania del Este, en 1986.

El grado de aislamiento soviético del mercado internacional nunca fue tan importante como sugirieron las imágenes convencionales. Más notable fue el hecho de que no pudiera hacer un uso apropiado de las tecnologías de que disponía: había poca interacción entre los sectores militar y civil, el sistema de planificación centralizada desincentivaba la innovación y alentaba el uso de métodos ineficientes y tradicionales de producción, y, asimismo, las limitaciones políticas e ideológicas dificultaban el uso de tecnologías de la información en el sistema. Fue sobre todo por esta razón que la tercera revolución industrial, la de la microtecnología y la ingeniería de precisión computarizada que empezó a principios de los setenta, la dejó más rezagada que nunca como potencia.

Cuando Gorbachov, buen conocedor de la realidad soviética, introdujo su gran reforma económica, conocida ya como Perestroika, pensaba que para transformar la grave situación económica del país era necesaria una renovación desde el poder central sin más. Los objetivos estaban claros, así como la necesidad de, al menos, igualarse al potencial económico de Estados Unidos, pero la realidad fue muy distinta: obstáculos burocráticos, recelos entre los dirigentes de las quince repúblicas, paralización de cambios de los gestores de las empresas estatales, desilusión creciente de los trabajadores ante la lentitud de los cambios, etc. Todo ello provocó que los objetivos previstos se fueran limitando al sostenimiento casi diario de las necesidades básicas sociales y al mantenimiento de los compromisos económicos internacionales esenciales.

Otro argumento para explicar este fracaso se relaciona con factores geopolíticos unidos a un sentimiento de debilidad, de impotencia frente al exterior. A pesar del prestigio acumulado tras el triunfo en la Segunda Guerra Mundial, la creación de una potente industria, los éxitos espaciales o los logros científicos, los soviéticos siempre tuvieron conciencia del fracaso comparativo de su sistema con respecto al de Occidente, al no poder superarlo como preveían sus máximos dirigentes y los discursos oficiales desde prácticamente 1917. Fue esta percepción del fracaso en la competición internacional lo que llevó también a los cambios que se produjeron tras 1985 en la Unión Soviética de la mano de Gorbachov.

Los datos reales de los que se disponían, no los que se publicaban oficialmente, demostraban, por ejemplo, que en los sectores más públicos y privilegiados de la competición, como era el militar, la Unión Soviética resultaba siempre inferior, en número y calidad, excepto en lo que respecta a su capacidad militar convencional en Europa oriental, a los estadounidenses y aliados de la OTAN.

Además, el sistema socialista creado por la Unión Soviética era considerablemente más débil, cuantitativamente, que el sistema creado por Occidente. No solo el mercado internacional capitalista era mucho más fuerte en términos de resultados económicos, cambio tecnológico y número de países incluidos en su seno, sino que su grado de integración era mayor. Una de las paradojas de la

planificación dentro de la Unión Soviética y el sistema socialista en general fue la incapacidad de integrar a los diferentes sectores, a los que se les daban objetivos de producción separados, aunque supuestamente coordinados. En la esfera militar, una disparidad similar y la inferioridad cuantitativa eran evidentes cuando se comparaban la OTAN y el Pacto de Varsovia. En definitiva, el sistema soviético estaba menos integrado y era mucho más débil globalmente.

Este fracaso para competir internacionalmente habría sido en sí un problema fundamental, dado el hecho de que la rivalidad subyacente Este-Oeste y la Guerra Fría fueron un intento de ambas partes de proporcionar una nueva base para un orden internacional y para demostrar la superioridad de uno sobre otro. El estancamiento podría haberse ocultado, pero el fracaso a nivel internacional forzó a los líderes a afrontarlo. Parece que hasta comienzos de los ochenta esta diferencia en relación con los logros internos estuvo oculta, o al menos no era reconocida por la mayor parte de los observadores soviéticos, líderes u otros. La autoconfianza intrínseca del sistema soviético, producto de las reivindicaciones históricas de la revolución y de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, habían durado hasta entonces, pero en algún momento a comienzos de los ochenta empezó a erosionarse, primero en los líderes y luego en la población en general. La conciencia sobre cómo vivían la mayor parte de las personas en Occidente y sobre la enorme diferencia de los estándares de vida soviéticos produjo una situación que llevó a la evaporación, en el espacio de unos cuantos años, de la autoconfianza que duraba desde 1917.

El aislamiento de la sociedad soviética era tanto físico como psicológico. Los que viajaban al exterior o tenían acceso a datos comparativos estaban condenados al silencio aunque conocieran la verdad. A este respecto, el cambio de actitud de los líderes, especialmente de Gorbachov con su Glasnost, fue de importancia fundamental y abrió las compuertas del descontento popular. En el caso de Gorbachov, por ejemplo, fueron sus visitas a Canadá las que le brindaron la ocasión de percibir las diferencias. La nueva actitud gubernamental ante el accidente nuclear de Chernóbil (1986) demostraba una nueva realidad en la Unión Soviética, pero también

ponía de manifiesto la cruda realidad del fracaso del modelo económico socialista.

Ante toda esta situación, Gorbachov, en los discursos posteriores a 1985, realizó reveladoras comparaciones con el mundo capitalista, en el terreno de los indicadores sociales —mortalidad infantil, condiciones hospitalarias, alcoholismo, disponibilidad de alimentos básicos—, así como en términos macroeconómicos y políticos más generales. Era necesario llevar a cabo una profunda reforma económica comenzando con una aplicación más intensiva de la tecnología, el mejor medio para acelerar la producción. Pero en 1989 había ido mucho más allá, tanto en el frente económico como en el político: incluyó reformas constitucionales, más democratización y creación de una nueva jefatura del Estado, en vista de la evidente incapacidad del sistema de reformarse a sí mismo a partir de unos parámetros políticos y económicos socialistas ortodoxos. En otras palabras, la comparación internacional que lo había llevado a iniciar una gran reforma política en 1985 lo empujó a idear una reforma mucho más radical del sistema. Gorbachov estaba convencido de que un sistema socialista modificado, reformado, humanizado y acelerado podría funcionar y que, además, los regímenes en Europa oriental se mantendrían tras la retirada de la garantía militar soviética.

Chernóbil y la vida en torno a las centrales nucleares

En abril de 1986, en la central nuclear de Chernóbil, al norte de Ucrania, en ese momento integrada en la URSS, se produjo un terrible accidente nuclear debido a errores humanos y fallos técnicos.

La catástrofe se produjo tras un incendio por una acumulación de gases, que provocó una enorme explosión que hizo volar el edificio que albergaba uno de los reactores, lanzando a la atmósfera una nube radiactiva que en pocos días se extendió por Europa. Era el

primer gran accidente nuclear de la historia. Enseguida el gobierno soviético aisló la zona y obligó a miles de ciudadanos a abandonar sus casas y tierras.

El reactor 4 de la planta nuclear de Chernóbil.

Los gobiernos de muchos países occidentales limitaron el consumo de carne, leche y verduras durante mucho tiempo y otros paralizaron la construcción de nuevas centrales nucleares. Otra consecuencia importante para el futuro fue el impulso del movimiento antinuclear y de los llamados «partidos verdes», que pronto comenzaron a obtener importantes apoyos electorales.

Pero la suma de los factores internacionales —la quiebra de la unidad territorial por parte de algunas repúblicas (básicamente de Rusia, Ucrania y Bielorrusia que en diciembre de 1991 crearon la Comunidad de Estados Independientes), la actuación contundente (un golpe de Estado en el verano de 1991) de los grupos antirreformistas y los acontecimientos que se estaban desarrollando en Europa desde 1989— impulsaron a Gorbachov a anunciar en la Navidad de 1991 el final de la Unión Soviética y del sistema socialista mundial.

Los acontecimientos se precipitan: caen el Muro y el telón de acero

Las consecuencias de la derrota soviética en Afganistán —la segunda tras la sufrida en Cuba— más la nueva política exterior estadounidense —que también había sufrido otras dos derrotas en la Guerra Fría: Corea y Vietnam—, desarrollada por el presidente Bush, dieron paso a una fase de transición entre el viejo y el nuevo orden internacional entre 1989 y 1991 que provocó el fin de la Guerra Fría.

Aunque son muchos los acontecimientos que se sucedieron en ese corto período, merece la pena recordar dos eventos históricos que se convertirán en símbolos: el 9 de noviembre de 1989, el dirigente germano-oriental, Egon Krenz, decretaba la apertura del Muro de Berlín, con lo que desaparecía uno de los signos más tristes y conflictivos de la Guerra Fría; por otro lado, en diciembre del mismo año, los presidentes Bush y Gorbachov se reunían en la isla de Malta y proclamaban oficialmente «el fin de la Guerra Fría».

Ciudadanos alemanes sobre el Muro de Berlín, ante la puerta de Brandeburgo, el 10 de noviembre de 1989.

Impulsados por este conjunto de acontecimientos, las dos alianzas militares que mejor representaban al sistema bipolar ya en decadencia se iban a transformar, o a desaparecer. La OTAN, en función de la nueva realidad internacional, adoptó en 1991 una nueva doctrina estratégica que sustituyó a la respuesta flexible vigente desde 1967. En esa nueva doctrina se planteaba el papel de la Alianza en el nuevo contexto europeo, en el que la posibilidad de una guerra general se descartaba, se ofrecía ayuda y diálogo a los estados no integrados en la Alianza, se decidía mantener un potencial militar suficiente pero al nivel más bajo posible y, por último, la OTAN se preparaba para las nuevas amenazas, caracterizadas como «riesgos de naturaleza polifacética y multidireccional». Por su parte, el Pacto de Varsovia, amenazado por los cambios políticos internos de la mayoría de sus aliados, archivaba en 1989 la doctrina Breznev, y desde 1990 las fuerzas militares soviéticas que la integraban se retiraban de Checoslovaquia y otros países. El 1 de abril de 1991, en un acto

formal, se disolvió el Pacto de Varsovia. Desaparecía así otro de los actores de la Guerra Fría.

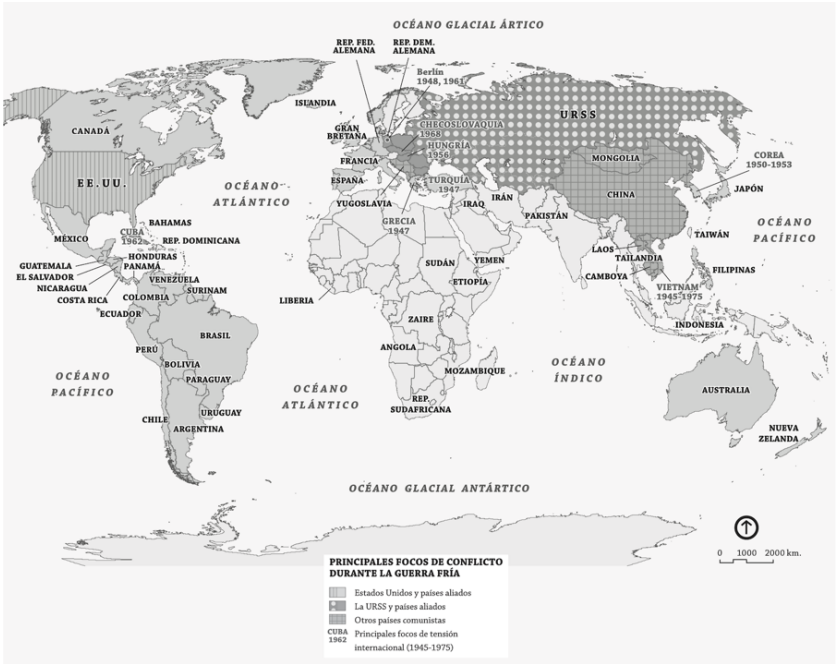
En la Europa central y oriental, mientras tanto, se caminaba a marchas forzadas hacia la desaparición de otro de los símbolos de la Guerra Fría: la división de Alemania. El 12 de septiembre de 1990, los cuatro aliados de la Segunda Guerra Mundial firmaban el «Tratado sobre un arreglo definitivo de la cuestión alemana», o lo que es lo mismo, el tan esperado Tratado de Paz alemán. El camino para el objetivo final se despejaba. El 3 de octubre de 1990 nacía la Alemania unificada, un Estado poderoso, habitado por 80 millones de personas, que ocupaba el tercer puesto en el mundo por su riqueza económica. Esta reunificación iba acompañada de un hecho sin precedentes que, sin duda, fue considerado por todos los analistas como una nueva prueba del final de la Guerra Fría en Europa: entre el 17 y el 19 de noviembre se firmaban el Documento de Viena sobre las Negociaciones de Medidas para el Fomento de la Confianza y la Seguridad y Tratado sobre Armas Convencionales en Europa por los veintidós estados integrantes de la OTAN y el Pacto de Varsovia, por el cual se reducían y establecían límites —dentro del área comprendida entre el Atlántico y los Urales— para las armas convencionales, con lo que se reducía la posibilidad de que pudiera estallar un conflicto general en el continente.

Por otra parte, desde que en 1949 se crearan las llamadas democracias populares y se estableciera el telón de acero, nadie podía prever que esta situación pudiera cambiar en algún momento. Sin embargo, la llegada de Gorbachov al poder en 1985, la propia elección del papa polaco Juan Pablo II, la política anticomunista de Reagan y la misma crisis del sistema socialista posibilitaron la quiebra de este sistema en Europa central y oriental. Primero Hungría, luego Polonia y Checoslovaquia y así el resto de países comenzaron a desmantelar entre 1988 y 1989 las instituciones, las leyes y los símbolos comunistas, sin temor —y esto es muy importante— a una nueva intervención soviética gracias a la actitud de Gorbachov. En algunos casos impulsados por las élites, en otros por la propia sociedad, en todos por influencias externas y, en general, de forma pacífica, con la excepción de Rumanía y Yugoslavia, todos comenzaron a realizar una serie de transiciones en un tiempo corto en los ámbitos político, económico, identitario,

social y en política exterior. Pronto recibieron ayudas internacionales y el telón de acero desapareció física, política y mentalmente para millones de europeos. En general, las llamadas revoluciones pacíficas fueron eso, tranquilas, e incluso algunas ejemplares. Pero hubo excepciones. En Europa sudoriental, el 25 de junio de 1991, las repúblicas yugoeslavas de Croacia y Eslovenia declaraban su independencia, con lo que dio comienzo también el principio del fin de una Yugoslavia federal y socialista. Apenas unos días después, se desencadenó un conflicto armado, el primero desde 1945, cuyas consecuencias iban a condicionar la estabilidad europea y el denominado Nuevo Orden Mundial.

Apéndices

EUROPA DURANTE LA GUERRA FRÍA
Países del bloque occidental
Área de Alemania ocupada por el bloque occidental en 1945
Países del bloque socialista
Países comunistas no alineados con la URSS
1934 Implantación del régimen comunista
Telón de acero
ISLANDIA
Mar de Noruega
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Oslo
Helsinki
Leningrado
Estocolmo
Tallin
Götland
Riga
URSS
Moscu
Mar del Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
Copenhague
Vilna
Edimburgo
Dublin
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
PAÍSES BAJOS
Berlín
Varsovia
Ámsterdam
Bruselas
Londres
BÉLGICA
Bonn
REP. DEM. ALEMANA
POLONIA 1947
Kiev
REP. FED. ALEMANA
Praga
Paris
CHECOSLOVAQUIA 1948
Múnich
Viena
Budapest
OCÉANO ATLÁNTICO
SUIZA
Berna
AUSTRIA
HUNGRÍA 1949
RUMANÍA 1947
Odessa
FRANCIA
Zagreb
Belgrado
Bucarest
Sebastopol
YUGOSLAVIA 1945
Mar Adriático
Mar Negro
ITALIA
BULGARIA 1946
Sofía
Córcega
Roma
Tirana
Estambul
ALBANIA 1946
PORTUGAL
Madrid
Cerdeña
Mar Tirreno
GRECIA
Mar Egeo
TURQUÍA
Lisboa
ESPAÑA
Islas Baleares
Mar Jónico
Atenas
Argel
Sicilia
Túnez
Malta (G.B.)
Rodas
Nicosia
Creta
Chipre
0 175 350 km.
ARGELIA
TÚNEZ
Mar Mediterráneo


OCÉANO GLACIAL ÁRTICO
REP. FED. ALEMANA
REP. DEM. ALEMANA
Berlín 1948, 1961
ISLANDIA
CANADÁ
GRAN BRETAÑA
CHECOSLOVAQUIA 1968
HUNGRÍA 1956
URSS
FRANCIA
MONGOLIA
COREA 1950-1953
EE. UU.
OCÉANO ATLÁNTICO
ESPAÑA
TURQUÍA 1947
JAPÓN
YUGOSLAVIA
IRÁN
IRAQ
CHINA
PAKISTÁN
OCÉANO PACÍFICO
BAHAMAS
GRECIA 1947
CUBA 1962
MEXICO
REP. DOMINICANA
TAIWÁN
HONDURAS
LAOS
TAILANDIA
GUATEMALA
PANAMÁ
SUDÁN
YEMEN
FILIPINAS
EL SALVADOR
VENEZUELA
ETIOPÍA
CAMBOYA
NICARAGUA
SURINAM
VIETNAM 1945-1975
COSTA RICA
COLOMBIA
LIBERIA
ZAIRE
INDONESIA
ECUADOR
BRASIL
ANGOLA
PERÚ
BOLIVIA
MOZAMBIQUE
OCÉANO ÍNDICO
OCÉANO PACÍFICO
PARAGUAY
AUSTRALIA
OCÉANO ATLÁNTICO
REP. SUDAFRICANA
URUGUAY
CHILE
ARGENTINA
NUEVA ZELANDA
OCÉANO GLACIAL ANTÁRTICO
0 1000 2000 km.
PRINCIPALES FOCOS DE CONFLICTO DURANTE LA GUERRA FRÍA
Estados Unidos y países aliados
La URSS y países aliados
Otros países comunistas
CUBA 1962 Principales focos de tensión internacional (1945-1975)

Conceptos clave

Personaje

Batalla

Concepto

Escenario

Acuerdos de Helsinki

Acuerdos que se firmaron en agosto de 1975 en la capital finlandesa por 35 estados, entre los que estaban EE. UU. y la URSS, más los países de la OTAN y el Pacto de Varsovia y algunos estados neutrales europeos. Con estos acuerdos se establecía una nueva etapa de colaboración entre los dos bloques en Europa, se reconocieron las fronteras surgidas de 1945 y se aprobaban una serie de acuerdos en defensa de los derechos humanos o la libertad de pensamiento y religión para todos los ciudadanos europeos.

Alianza para el Progreso

Iniciativa del presidente Kennedy en agosto de 1961, con el fin de integrar a todos los países latinoamericanos menos Cuba en un

movimiento para mantener los gobiernos democráticos e impedir la influencia comunista, a través de la ayuda norteamericana económica y social. La reducida ayuda norteamericana, así como la interferencia de Washington —y de la CIA— en los asuntos internos de varios países, debilitó enormemente esta iniciativa.

Armamento convencional

Conjunto de armas utilizadas en una guerra convencional para atacar o defenderse (carros de combate, sistema de artillería, aviones de combate o misiles no nucleares).

Armamento nuclear

Aquellas armas cuyos efectos son consecuencia de la energía nuclear, caracterizadas por su alto poder de destrucción. Se distingue entre las primeras bombas atómicas (A) y las bombas de hidrógeno o termonucleares (H). Por su alcance se puede hablar de armas tácticas (utilizadas en el campo de batalla) de corto, intermedio y largo alcance, y estratégicas (intercontinentales).

Carrera de armamentos

Término propio de la Guerra Fría que hace referencia a la pugna mantenida por Estados Unidos y la URSS para dotarse de arsenales armamentísticos capaces de combatir al otro con ventaja, especialmente en el ámbito nuclear.

Cascos Azules

Uno de los principales objetivos de la ONU desde 1945 ha sido el del mantenimiento de la paz y la seguridad internacional. Es el Consejo de Seguridad el que tiene la principal responsabilidad para lograr ese objetivo. A tal fin, y con el acuerdo del Consejo de Seguridad, se organizan operaciones de mantenimiento de la paz ante los conflictos que han ido surgiendo desde 1948, en las que se integran personal militar de diversas naciones que llevan un casco azul, pues actúan en nombre de la ONU. En 1988 recibieron el Premio Nobel de la Paz y en 1993 el Premio Príncipe de Asturias a la Cooperación Internacional.

CIA

Agencia Central de Inteligencia creada en 1947 en Estados Unidos con el fin de coordinar y analizar la información del espionaje en el extranjero. Posteriormente, amplió sus acciones organizando operaciones encubiertas para derribar gobiernos o regímenes no amigos o considerados una amenaza para Estados Unidos.

Coexistencia pacífica

Doctrina de la política exterior soviética desde la década de 1950, según la cual y a pesar de que era posible un conflicto armado entre el bloque capitalista y el bloque socialista, era posible también desarrollar unas relaciones de distensión y de resolución de los conflictos por medios pacíficos. La República Popular China también utilizó este concepto a partir de 1954.

Cuestión alemana

Tema que surge en la historia en 1806 y que se revitaliza desde 1949 con el nacimiento de las dos Alemanias. Con él se trata de abordar cuestiones como la forma política que debe tener el pueblo alemán, sus fronteras, su papel como gran potencia o cómo hacer para que no se perciba a los alemanes como una amenaza para otros. En principio, esta cuestión se cerró con la reunificación de las dos Alemanias el 3 de octubre de 1990.

Desarme

Conjunto de acuerdos que tiene como finalidad la eliminación total o parcial de determinados tipos de armas que se establece entre los estados o las partes implicadas en un conflicto con el fin de determinar el procedimiento que seguir para la destrucción real y el control del mismo.

Estrategia

Concepto clásico que está considerado una herramienta para alcanzar unos fines no solo militares. Aplicada al ámbito bélico, comprende todas las operaciones militares en una guerra. Durante la Guerra Fría se comenzará a hablar de estrategia de seguridad nacional para referirse a la aplicación y coordinación de los instrumentos de poder nacional (diplomáticos, económicos, etc.) para alcanzar unos objetivos que contribuyan a la seguridad nacional.

Fundamentalismo

Movimiento que reivindica la autoridad de una sagrada tradición, que hay que restaurar como antídoto para una sociedad que se ha desviado de los valores y comportamientos tradicionales. Desde 1979, con la llegada al poder en Irán de los fundamentalistas musulmanes, este movimiento se comienza a extender por el mundo y en algunos casos a radicalizarse.

Guerra de las galaxias

Se conoce con este nombre la iniciativa norteamericana en la Segunda Guerra Fría, bajo mandato de Ronald Reagan, con el fin de desarrollar un escudo antimisiles sobre el espacio norteamericano que impidiera un ataque nuclear. Conocida oficialmente como Iniciativa de Defensa Estratégica, contó con unos presupuestos militares elevados, aunque los resultados nunca fueron los esperados, y provocó un fuerte rechazo de la opinión pública y de la comunidad científica. En 1989 el proyecto se abandonó.

Guerras árabe-israelíes

Conflictos bélicos librados entre Israel y los Estados árabes desde 1948. La primera estalló después de la proclamación del Estado de Israel (1948), con algunos países árabes, y terminó con un triunfo israelí que amplió sus fronteras y provocó el éxodo de 900 000 palestinos. La segunda se inició después de la nacionalización por Egipto del Canal de Suez en 1956, que fue aprovechada por Israel, Francia y el Reino Unido para ocupar la península del Sinaí; las presiones de EE. UU. y la URSS condujeron a su retirada y a la intervención de la ONU. La tercera, la guerra de los Seis Días, en 1967, se inició con el ataque israelí contra aeropuertos árabes, logrando un rápido triunfo y la ocupación de nuevas zonas

estratégicas como los altos del Golán. La cuarta, la guerra del Yom Kipur (1973) se inició con el ataque de Egipto y Siria para recuperar los territorios controlados por Israel, lo que fue impedido por israelíes con apoyo de Estados Unidos. La quinta se libró en el Líbano en 1982, cuando Israel atacó las bases de la OLP en el sur de Líbano, ocupando gran parte del país del que se retiró en el 2000.

KGB

Comité de Seguridad del Estado: policía secreta soviética creada en marzo de 1954. Se encargaba del espionaje, contraespionaje, la vigilancia en el interior del país, así como del control y la seguridad de los campos de trabajo utilizados para confinar a los disidentes. Se disolvió en 1991 tras la desaparición de la URSS.

Sovietización

Implantación en un país de un régimen comunista a imitación del modelo político, económico y social de la URSS, además de la primacía del partido comunista. El proceso se inició desde 1918 en el territorio ruso y posteriormente desde 1944/1945 en Europa central y oriental.

Teoría del dominó

Expresión utilizada por vez primera en 1954 en Estados Unidos por el subsecretario de Estado, J. Acheson para afirmar que si en un país triunfaba el comunismo inspirado y alentado por la URSS fuera de su zona de influencia y este proceso no se detenía, los países vecinos o fronterizos también podrían caer en la órbita comunista

como «fichas de un dominó».

CRONOLOGÍA

Bloque occidental

1947

Febrero: firma en París de los tratados de paz con Bulgaria, Finlandia, Hungría, Italia y Rumanía.

Marzo: doctrina Truman de contención contra el comunismo.

Junio: anuncio del Plan Marshall.

Agosto: independencia de la India y Pakistán.

1948

Mayo: proclamación del Estado de Israel, primera guerra árabe-israelí.

1949

Abril: creación de la OTAN.

Mayo: creación de la República Federal de Alemania.

1950

Mayo: declaración Schuman, inicio de la integración europea.

1951

Marzo: creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA).

Septiembre: firma del Tratado de Paz con Japón.

1953

Enero: D. Eisenhower, presidente de Estados Unidos.

Julio: firma del Acuerdo de Pan Mun Jom, que establece un armisticio en la guerra de Corea.

1954

Abril: los líderes de la India, Nehru, y China, Chou En Lai, proclaman los cinco principios de la coexistencia pacífica.

1955

Abril: firma del Tratado de Paz con Austria por los cuatro aliados.

Conferencia de Bandung.

1956

Octubre: crisis de Suez. Intervención de Francia y el Reino Unido. Israel ocupa el Sinaí.

1957

Enero: anuncio de la doctrina Eisenhower: intervención en Oriente Medio para impedir la expansión del comunismo.

Marzo: firma de los Tratados de Roma: creación de la CEE y EURATOM.

1961

Enero: inicio de la presidencia de J. F. Kennedy en Estados Unidos. Se rompen las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

1962

Octubre: crisis de los misiles en Cuba. Grave tensión internacional.

1963

Junio: viaje de Kennedy a Berlín, donde pronuncia su famosa frase «Yo soy un berlinés».

Noviembre: asesinato del presidente Kennedy, le sucede el vicepresidente Lyndon B. Johnson.

1964

Mayo: creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

1965

Febrero: inicio de grandes operaciones militares estadounidenses en la guerra de Vietnam.

1967

Junio: inicio de la guerra de los Seis Días entre Israel y los países árabes.

1969

Enero: R. Nixon, nuevo presidente de Estados Unidos.

1972

Febrero: viaje de Nixon a la República Popular China.

Diciembre: firma de un tratado de reconciliación entre los dos estados alemanes.

1973

Enero: firma en París de un acuerdo para el restablecimiento de la paz en Vietnam por parte de Estados Unidos y los gobiernos y representantes de Vietnam.

Octubre: guerra del Yom Kipur entre Israel y Egipto y Siria. Decisión de la OPEP de subir los precios del petróleo; inicio de la crisis económica mundial.

1974

Agosto: escándalo Watergate, dimisión de Nixon. G. Ford, nuevo presidente de Estados Unidos.

1975

Agosto: firma en Helsinki del Acta Final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE).

1977

Enero: J. Carter, nuevo presidente de Estados Unidos.

1978

Septiembre: acuerdos de Camp David: paz entre Egipto e Israel.

1979

Febrero: revolución chiita en Irán.

Junio: viaje del papa Juan Pablo II a Polonia. Firma en Viena por Breznev y Carter de los Acuerdos SALT II, que establecían la paridad de arsenales estratégicos nucleares.

1980

Enero: el Senado estadounidense rechaza ratificar los acuerdos SALT II y se aprueba un embargo contra la URSS. También se anuncia el boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú.

Septiembre: inicio de la guerra entre Irak e Irán.

1981

Enero: R. Reagan, nuevo presidente de Estados Unidos.

1983

Marzo: Reagan anuncia la Iniciativa de Defensa Estratégica, lo que dio paso a la denominada «guerra de las galaxias».

1987

Diciembre: firma entre Estados Unidos y la URSS del Tratado de Eliminación en Europa y Asia de Misiles Nucleares de Alcance Intermedio.

1989

Enero: G. Bush, nuevo presidente de Estados Unidos.

1990

Octubre: reunificación de las dos Alemanias.

Noviembre: firma en París del Tratado de Reducción de Fuerzas Convencionales en Europa.

1991

Enero: inicio de la operación Tormenta del Desierto por una coalición de países liderada por Estados Unidos contra Irak.

Junio: firma del tratado START entre Bush y Gorbachov.

■

Bloque socialista

■

1948

Febrero: «golpe de Praga», régimen comunista en Checoslovaquia.

Junio: bloqueo de Berlín.

1949

Octubre: victoria comunista en China. Creación de la República Popular China. Creación de la República Democrática Alemana.

1950

Junio: inicio de la guerra de Corea tras la invasión por las tropas norcoreanas de Corea del Sur.

1953

Marzo: muerte de Stalin en la URSS, le sucede N. Kruschev.

1955

Mayo: creación del Pacto de Varsovia.

Conferencia de Bandung.

1956

Febrero: XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. Kruschev presenta un duro informe crítico sobre el estalinismo. Se inicia el período de desestalinización.

Abril: disolución de la Kominform.

Julio: el líder egipcio Nasser anuncia la nacionalización del Canal de Suez.

Octubre: levantamiento de Budapest. Intervención del ejército soviético en noviembre.

1957

Octubre: lanzamiento por la URSS del primer satélite artificial (Sputnik).

1959

Enero: triunfo de la revolución en Cuba, Fidel Castro entra en La Habana.

1961

Abril: la URSS anuncia el primer viaje de un hombre al espacio, Y. Gagarin.

Agosto: construcción del Muro de Berlín.

1962

Octubre: crisis de los misiles en Cuba. Grave tensión internacional.

1964

Octubre: elección de L. Breznev como líder de la URSS tras la destitución de N. Kruschev.

1968

Agosto: invasión por las tropas del Pacto de Varsovia de Checoslovaquia, lo que pone fin a la «primavera de Praga». Albania se retira del Pacto de Varsovia.

1969

Septiembre: muerte del líder vietnamita Ho Chi Minh.

1971

Octubre: admisión de la República Popular China en la ONU con un puesto en el Consejo de Seguridad.

1974

Noviembre: firma en Vladivostok del acuerdo SALT entre Breznev y Ford, sobre limitación e igualdad de los armamentos nucleares estratégicos.

1975

Abril: caída de Saigón en la guerra de Vietnam, convertida en la ciudad de Ho Chi Minh: reunificación de Vietnam.

1976

Septiembre: muerte del líder chino Mao Zedong, sustituido por Deng Xiaoping.

1979

Abril: denuncia de Pekín del tratado entre China y la URSS de 1950.

Diciembre: invasión de Afganistán por la URSS.

1980

Mayo: muerte el mariscal Tito, líder de Yugoslavia.

1982

Noviembre: muerte de L. Breznev en la URSS, le sucede Y. Andropov.

1985

Marzo: muerte de K. Chernenko y elección de M. Gorbachov como nuevo líder de la URSS, anuncio de la «Perestroika».

1986

Abril: explosión de la central nuclear de Chernóbil (Ucrania).

1989

Febrero: la URSS abandona Afganistán derrotada.

Junio: sucesos de Tiananmen en la República Popular China.

Septiembre: Hungría abre la frontera con Austria, comienza el fin del telón de acero.

Noviembre: caída del Muro de Berlín.

Diciembre: cumbre entre Bush y Gorbachov en Malta, en la que se habla del final de la Guerra Fría.

1991

Febrero: disolución del Pacto de Varsovia.

Marzo: Letonia y Estonia aprueban por referéndum su independencia de la URSS.

Junio: Croacia y Eslovenia declaran su independencia de Yugoslavia, inicio de la guerra civil en Croacia.

Agosto: golpe de Estado en la URSS, que fracasa y del que sale

fortalecido como líder B. Yeltsin.

Agosto: comienzan las declaraciones de independencia de varias repúblicas soviéticas.

Octubre: desaparición del KGB.

Diciembre: los presidentes de Rusia, Bielorrusia y Ucrania proclaman el fin de la URSS y la creación de una Comunidad de Estados Independientes (CEI).

Diciembre: Gorbachov anuncia el final de la URSS y pone fin a su liderazgo.

Sobre el autor

JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES

Es doctor en Historia Contemporánea, y diplomado en Altos Estudios Internacionales, en Derecho Comunitario y en Defensa Nacional (Ministerio de Defensa). Catedrático de Historia Contemporánea e Historia de las Relaciones Internacionales en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, ha sido durante doce años director del Departamento de Historia Contemporánea. Actualmente es también presidente de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales y director del proyecto de investigación sobre la influencia del factor internacional en la transición y consolidación española hacia la democracia. Dirige el grupo de investigación sobre Historia de las Relaciones Internacionales en la UCM y la Comunidad de Madrid.